

150
PIA

EDICIONES
BISTAGNE

Huérfanos en Budapest

LORETTA
YOUNG

GENÉ
RAYMOND



NC-007-276

HUÉRFANOS EN BUDAPEST

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Huérfanos en Budapest

Sentimental asunto. Filigrana cinematográfica de inefable ternura,
con escenas de gran emoción.

Director
ROWLAND V. LEE

Es un film FOX
(Oro de ley de la pantalla)

Distribuido por
HISPANO FOXFILM, S. A. E.
Valencia, 280
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTERPRETES PRINCIPALES:

LORETTA YOUNG

y

GENE RAYMOND

Huérfanos en Budapest

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

Un jueves de primavera, por la tarde, en Budapest.

El gran parque zoológico de la capital húngara se ve invadido por la chiquillería que celebra el medio día de asueto yendo a divertirse con la contemplación de las raras y diversas especies de animales allí reunidas.

Acompañando a muchos de los niños, van sus respectivas criadas,

y, como es natural, yendo éstas no faltan tampoco los consabidos cortejos de soldados que hacen el amor a las menegildas y ríen con éstas, a grandes carcajadas, sus propios chistes y gracias, de cazarro sabor.

Los campesinos recién llegados a la capital desde Dios sabe qué remotos rincones del país, que recorren el jardín zoológico llevando en

sus ojos marcado el asombro que les produce todo cuanto ven, ponen una nota de color con sus trajes típicos, vistosos y elegantes, con esa elegancia rumbosa de todas las vestimentas rústicas no adulteradas por las modas ciudadanas.

Casi todos, o por mejor decir todos estos pueblerinos, van acompañados de algún parente radicado en la ciudad, quier les sirve de cicerone con un aire de superioridad humillante para ellos, por los que éste siente una despectiva commiseración a causa de la supina ignorancia que sus allegados demuestran, olvidando voluntariamente que también él, cuando llegó a la capital, quedábase embobado con las mismas maravillas a las que ahora, si no desprecia, no les concede tampoco importancia, porque encuentra de buen gusto demostrar una indiferencia absoluta por todo y ante todo.

Como tipo representativo de esta clase de seres, vamos a escoger entre la concurrencia del parque, a aquella mujer de treinta y tantos años, mezcla de institutriz y de criada, que se halla junto al estanque de las focas, sujetando a un niño rubio, travieso como él solo, que se abocaba sobre el pretil del estan-

que para ver mejor los negros y lustrosos anfibios.

A su lado una muchacha aldeana contemplaba con estúpida expresión en su semblante el loco chapotear de las focas y hacía un gesto de pánico cada vez que éstas emitían sus característicos chillidos.

La institutriz o criada poco o ningún caso hacía de ella. Solamente cuando advertía sus gestos de estupor o de espanto se dignaba mirarla con severidad y hasta con cierto desprecio.

Un hombre vendía pescado para ser echado a las focas.

La institutriz le compró al niño unos cuantos pescados para que se entretuviera tirándoselos a los dichos animaluchos. Pero el chiquillo, en lugar de hacerlo así, retenía el pescado con avaricia.

—Pero ¿por qué no se lo tiras, Pablito? — le preguntó la institutriz, extrañada de ver aquella inexplicable codicia del niño por unos cuantos pescados ya pasados que sólo para ser engullidos por las focas servían.

—Es que los guardo para el elefante — repuso el niño.

—Los elefantes no comen pescado!

—¿No? ¿Entonces qué comen?

—Panecillos. Anda, tírales eso.

El niño arrojó el pescado dentro del estanque, con tan mala puntería que cayó muy cerca de ellos, y las focas, con sus coleteos para alcanzar la comida que les echaban, salpicaron todo el trajecito de marinero de la criatura.

—¿Ves? ¡Has estropeado tu traje nuevo! — le reprendió, severa, la institutriz, secándole con un pañuelo, mientras el chico reía de ver la enfadarse.

La campesina, con su sempiterno aspecto de imbecilidad en el semblante, le preguntó a la institutriz:

—¿Son muy fieros esos cocodrilos?

—¡Por Dios, prima Freda! — protestó la interpelada, scandalizada con tanta ignorancia —. No son cocodrilos, sino focas.

Y dirigiéndose al niño, le informó:

—Tu abuelito tenía un abrigo de piel de foca.

—¿Y le daba de comer pescados también? — inquirió ingenuamente la criaturita.

A poco pidió irse de allí. Quería

ir a montar en el elefante, como había visto que otros niños iban.

Este era uno de los atractivos mayores que para la gente menuda encerraba el parque zoológico: poder dar un paseo, mediante el pago de unas pocas monedas, sobre el elefante.

Desde lo alto del lomo del paquidermo, los chiquillos, con ese afán de dominio que siente el hombre en la infancia quizás con mayor intensidad que en el resto de su existencia, se creían los amos del mundo, o cuando menos grandes príncipes de fantásticos reinos orientales cuyos vasallos eran todos los transeúntes que discurrían a sus pies por el parque.

El deseo del niño fué cortado de raíz por su aya.

—¡Subir al elefante! — exclamó ésta —. ¿No sabes que todos los animales apestan?

—Sí? Entonces tú eres un animal — replicó el pequeño.

—Y tú también.

Una de las focas pugnaba por salirse del estanque, inútilmente.

—Mira! Quiere salir — indicó el niño.

—Para comerse a los niños malos como tú.

El chico no se amedrentó con esta amenaza.

Y la institutriz prosiguió, en su afán de asustarle:

—Y también me comería a mí.

—¿De veras? — exclamó el pequeño, alegrándose el rostro ante la sospecha de que tal probabilidad pudiera ser cierta.

—Eres muy malo! ¡Tienes unos instintos muy crueles! — le reprochó agriamente la criada.

—Pues yo quiero montarme en el elefante, aunque sea malo y aunque hayan de comerme las focas! — dijo el chiquillo pataleando.

La dorada ambición del moco-suelo pasaba en aquel momento no muy lejos de allí, conducido por su guardián, un hombre cojo, de excelente buen humor, que hablaba para el paquidermo, como si éste fuera un viejo amigo, capaz de entender todo cuanto le decía.

“Rajáh” se llamaba el elefante, aquel elefante bueno, dócil e inteligente que después de una azarosa existencia de circo en circo había encontrado el bienestar para el resto de sus días en aquel empleo de representante de los seres de su especie en el jardín zoológico de Budapest, ni más ni menos que cual-

quier ciudadano que tras sufrir todos los embates y penalidades en este mundo, halla su puerto de refugio en la placita del funcionario del Estado que le asegura el pan para su vejez.

Su guardián le llevó hasta un cubo de agua fresca y cristalina donde sumergió la trompa y bebió hasta hartarse.

—Bien, bien — dijo el hombre; — se ve que tenías sed, ¿eh? Pues mira, allí tienes a tu buen amigo “Sultán”, que quizá quiera agua también. Anda, sé generoso con él y échale un poquito.

“Rajáh” y “Sultán” eran enemigos irreconciliables.

Nadie podría saber jamás qué ocultos rencores existían entre ellos, pero es lo cierto que el elefante “Rajáh” y el tigre “Sultán” se odiaban a muerte. Y siempre que aquél pasaba ante la jaula de éste, los ojos de “Sultán” fosforecían, reflejándose en ellos todo el odio que contra “Rajáh” sentía, a la vez que en los roncos rugidos que exhalaba se manifestaba la ira que le producía verse impotente para saltar sobre su enemigo.

“Rajáh” era en este respecto más afortunado que “Sultán”, pues con-

taba con un medio que le permitía si no dirimir sus rencillas con el tigre a trompazo limpio — y nunca mejor aplicada que ahora esta expresión —, por los menos zaherirle y encorajinarle.

Este medio eran las duchas que, en cuanto tenía ocasión, le propinaba a “Sultán” utilizando su trompa como manguera.

Su guardián, que sabía la pugna que existía entre “Rajáh” y el fiero tigre bengalí, siempre le instigaba a que cometiera aquella travesura, que era como un grave insulto para “Sultán”, quien se debatía entonces en su jaula para librarse de aquella lluvia tan intempestiva como humillante.

—Anda, “Rajáh”, anda con él, y buena puntería! — le incitó el guardián.

Y “Rajáh”, cachazudo, aspiró una gran cantidad de agua, y luego, enfocando al tigre con la trompa, expelió con fuerza todo el líquido contra éste.

“Sultán” rugió enfurecido, dando grandes saltos de un lado a otro de la jaula para librarse del remojo, pero “Rajáh” seguía todos sus

movimientos con precisión, y sus disparos eran de lo más certero.

El guarda encargado de “Sultán” y de sus feroces compinches, al darse cuenta de lo que ocurría, acudió como siempre, gritando enfadado contra el guardián de “Rajáh”.

—¡Idiota! ¡Retira de ahí ese elefante! ¡Tú tienes la culpa de que “Sultán” se ponga furioso, y un día va a ocurrir por esto algo desagradable para todos! — exclamaba.

—¡Yo no he hecho nada! — replicó el otro, sonriendo socarrón y alzándose de hombros.

—¡Pero has obligado a “Rajáh” a que lo haga! ¡Eres un estúpido!

—¡Bah, bah! ¡No hay por qué ponerse así! Al fin y al cabo a tu gato le estaba haciendo falta un buen baño. Vamos, “Rajáh”.

Y el elefante y su guardián emprendieron la marcha mientras el otro quedaba mascullando improperios contra ellos dos.

—Buen tiro, “Rajáh”! — le dijo su amigo y cuidador, riendo.

Y el elefante emitió unos gruñidos de satisfacción por lo que había hecho, que eran como otras tantas carcajadas.

II

Pero no todo eran alegrías en aquel lugar.

También en el gran parque zoológico, y entre la comunidad de seres irracionales, las penas y el dolor hacían a veces su aparición.

No muy lejos del lugar en que había transcurrido la jocosa escena que acabamos de relatar, ocurría una pequeña tragedia íntima: "Zeppo", un simpático chimpancé, había enfermado la noche anterior, y se había ido agravando poco a poco a pesar de los esfuerzos que para curarle habían estado realizando los encargados de la sección en que el enfermo tenía su jaula.

En vista de la inutilidad de sus cuidados, decidieron dar aviso al

director, para que éste decidiera lo que había de hacerse.

Poco después, el director se hablaba ante la jaula de "Zeppo".

Era el doctor Grunbaum, director del parque zoológico de Budapest, un hombre bueno y recto como pocos.

Su bondadoso corazón habíale llevado a estudiar la carrera de veterinario primero, y una vez conseguida ésta, a optar a la Dirección del parque para poner esa bondad y consagrarse sus facultades al servicio de los seres más necesitados de amor y de benevolencia: los animales, fuera cual fuese su especie.

El doctor Grunbaum tenía para los huéspedes del jardín zoológico,

H U E R F A N O S E N B U D A P E S T

una comprensión y una paciencia capaces de soportar las más rudas pruebas. Pero él sabía resistirlas todas con aquel su espíritu franciscano que le hacía considerar que todos los seres, con raciocinio o sin él, son nuestros hermanos, y como a tales hay que quererlos, que tratarlos y que disculparlos.

—¿Qué te pasa, amigo? — le preguntó a "Zeppo", apenas se encaró con él, como si estuviera tratando con una persona.

—No, señor doctor — repuso, por el chimpancé, uno de los guardianes—. Es cosa del pecho. Toda la noche pasada y todo el día de hoy se los ha pasado con ese estertor que ahora tiene y quejándose de esa manera.

En efecto, "Zeppo", agarrado a los barrotes de su jaula, con la cabeza hundida en el pecho, respiraba con enorme dificultad y exhalaba unos quejidos parecidos al chirriar de una puerta.

Daba pena ver al pobre animal, tan contento por regla general, y ahora tan entrustecido, acurrucadito en un rincón y dando tiritonos de frío. Pero lo más patético, lo más enternecedor, era contemplar a la

hembra, que a dos pasos de él lo miraba con ojos en los que se leía el dolor que le ocasionaba ver a su compañero enfermo.

El doctor Grunbaum, después de oír los informes de los guardas y de examinar al chimpancé detenidamente, dictaminó:

—Lo que tiene "Zeppo" es pulmonía. Llevalo rápidamente a la clínica y que le den oxígeno, o de lo contrario se muere. Yo iré a verle después.

Y el director se marchó a su oficina mientras los guardas iban en busca de unas parihuelas para transportar al enfermo.

Al llegar el doctor Grunbaum a las oficinas de la Dirección, vió que en la ventanilla de reclamaciones una señora de muy mal genio y no muy distinguidos modales, discutía acaloradamente con Garbosh, su secretario.

—Usted no me ha dado ninguna satisfacción a mi reclamación, y por lo tanto veré al director — decía la mujer, gritando.

—¡El director no lo podrá usted ver porque está muy ocupado! — repuso Garbosh de mal talante.

—Pues si se niega a recibirmé, daré aviso a la policía.

El doctor Grunbaum, que había podido escuchar perfectamente esta última parte del vivo diálogo, o por mejor decir, disputa sostenida entre su secretario y aquella mujer, se acercó a la ventanilla, y apartando a Garbosh, dijo a la reclamante:

—El director soy yo. Pase usted y dígame qué le ocurre.

La mujer con intempestivos ademanes y voz chillona, expuso que el día anterior le habían robado una piel que llevaba puesta.

—No es la primera vez que esto sucede, usted lo sabe bien, señor director — dijo a Grunbaum, con una cierta intención sólo perceptible para el doctor, su secretario.

—¡Cállese usted, Garbosh! — le ordenó Grunbaum, enérgicamente. Y dirigiéndose a la señora le preguntó: —Era muy valiosa esa piel?

—Para mí tenía un gran valor sentimental — repuso con un romanticismo que le sentaba bastante mal.

—¿De qué era?

—De mofeta.

—Perfectamente; descuide usted, que le será devuelta.

Al salir, en la puerta misma del despacho, la dama que no tenía nin-

gún reparo ni le producía repulsión ponerse una piel de mofeta, tuvo el atrevimiento de decir al doctor Grunbaum que aquel sitio era una cosa infecta.

—Perdone usted, señora — repuso el doctor con amable ironía —, pero a mi juicio, el Jardín Zoológico es mucho más limpio y más higiénico que muchísimos hogares, y, sobre todo, hay en el personal que lo atiende muchísima educación, que no todo el mundo tiene.

—Pero, en cambio, admiten ladrones de pieles de mofeta — replicó la mujer, marchándose altanera.

El doctor Grunbaum y su secretario contemplaron a la arpía que se alejaba.

—A buen seguro que esta señora tan “sentimental” mata de hambre a sus animales o los alimenta con jabón — manifestó el doctor, y luego, encarándose con Garbosh, le preguntó: —Tenía usted que decirme algo?

El secretario, un tipo grotesco que ocultaba sus ojillos maliciosos tras los cristales de unas gafas y un alma ruin en su cuerpo desmejorado que pretendía tener una aposición marcial, repuso, silbando sus

palabras y con una risita de conejo bajo su bigote negro y de pelos tiesos como las púas de un erizo:

—Usted no ignora quién es el ladrón.

—Sí, ya lo sé: Zani — dijo con naturalidad el doctor.

—¡Ah! ¿Conque lo sabe usted? Pues bien, ese Zani no hace más que ocasionarnos disgustos, y debe ser despedido.

—No puedo hacerlo, Garbosh. Nadie ha podido probárselo.

—Está bien, pero se le puede despedir por otra causa cualquiera. Por abandono de servicio, por ejemplo.

—No.

—Usted sabe que Zani deja sus quehaceres para entretenese en amaestrar a los animales del jardín, y esto defrauda a la gente, que quiere ver las bestias feroces y no animalitos adiestrados por ese golfo.

—Bien, Garbosh. Yo sé lo que tengo que hacer y no es necesario, por lo tanto, que usted me lo indique. Mande llamar a Zani.

El secretario, al oír esta orden, sonrió satisfecho pensando que iba a conseguir su gran deseo: hacer que despidieran a Zani.

Apresuradamente salió a la puerta del jardín y a grandes voces co-

menzó a llamar a Zani, y a un guarda que pasaba por allí le encargó que lo buscara.

El guarda salió en busca de su compañero.

Zani se hallaba dentro de una gran jaula jugando con tres cachorillos de león y haciendo las delicias del público infantil que le rodeaba.

Al saber que el director le reclamaba, trepó ágilmente por un árbol que crecía dentro de la alta jaula y se descolgó al exterior.

Era Zani un muchacho todo juventud y optimismo. Fuerte, física y moralmente, con una voluntad indomable y sin más freno moral que el de su propia conciencia, incapaz de cometer una acción torcida, Zani vivía feliz en aquel pequeño mundo del parque Zoológico, en compañía de sus buenos amigos irracionales, los únicos incapaces de traidorarle.

Los animales, que sólo recibían de él muestras de bondad y de cariño, le demostraban a su vez su agradecimiento siempre que lo veían pasar ante sus jaulas, y hasta los más feroces se calmaban muchas veces a una sola voz suya.

Camino de la Dirección Zani se

encontró con dos guardas que llevaban a un chimpancé tendido sobre unas parihuelas.

—¡Cómo! ¿Es éste “Zeppo”? — preguntó, asombrado.

Le respondieron afirmativamente. Lo llevaban a la clínica porque estaba enfermo.

El muchacho, interesado por la suerte del pobre animal, le tocó. “Zeppo” ardía.

—Tienes fiebre — le dijo —, pero eso no será nada, amiguito. Duerme tranquilo y sueña que estás de nuevo en tus selvas de África; ya verás cómo así lograrás ponerte bueno.

Zani dejó la triste comitiva y corrió hacia la jaula que acababa de abandonar “Zeppo”, a consolar a la hembra, que había quedado como anonadada con la marcha de su compañero.

—María — le dijo —, no temas nada, pobrecita, que a tu “Zeppo” no le van a hacer nada malo. Alégrate, que dentro de poco lo verás volver bueno y sano. Se lo han llevado para curarlo. Tú me entiendes, ¿verdad, “María”?

La hembra del chimpancé le miró con una mirada casi humana, preñada de tristeza.

—¡Zani, que te llama el director! — le advirtió al muchacho un segundo guarda.

—Voy en seguida — respondió. Unas cáscaras de plátano le cayeron en la cabeza.

Zani alzó la vista y sonrió al ver encaramado en lo más alto de la jaula contigua a un mono blanco de Malaca que le contemplaba burlón, abriendo y cerrando sus minúsculos ojillos.

—¡Hola, “Mimi”! — exclamó. — Luego vendré y te sacaré a dar un paseo.

Nuevamente hubo de ser advertido de que el doctor Grunbaum le llamaba, pues Zani, cuando se hallaba entre sus animales, se olvidaba de todo y de todos.

Al pasar junto a la jaula de las fieras, observó que un guarda que caminaba ante él le arrojaba una colilla encendida al tigre, y Zani, tratando de impedir esta criminal acción, se abalanzó sobre él y ambos rodaron por el suelo.

El hombre aquel se revolvió rápido contra Zani y trató de morderle con saña de fiera en un hombro. Pero el muchacho, de un empellón, se deshizo de él.

El otro le contempló con odio.

—¡Si vuelves a tocarme otra vez, te mataré! — le amenazó con voz ronca.

Era un ser de rostro repulsivo, en el que le crecían unos pelos ralos que contribuían a hacerlo más desagradable y repelente. Tenía unos ojos pequeños que ofendían con su mirada cínica y agresiva. Todo su aspecto, en fin, era el de una alimaña peligrosa, y seguramente su presencia asustaba tanto a los niños como a las verdaderas fieras que había allí enjauladas.

—Escucha, Heinie — le dijo Zani, sin intimidarse ante sus amenazas. Y al observar la crueldad de aquel rostro innoble, murmuró: —¡Heine!... ¡Tu nombre ya lo dice: Hiena! Eres ni más ni menos que como esa hiena que hay ahí, dentro de su jaula: rastlero, cruel y sanguinario. Pero no me das miedo. Por eso, a pesar de que te conozco y sé que eres capaz de todas las traiciones, te advierto que si vuelves a tirar un cigarrillo encendido al tigre, tendrás que vértelas conmigo.

Heinie le estuvo contemplando con ironía punzante mientras hablaba, y al ir a alejarse Zani, se incorporó y fué a arrojarse sobre él, por

la espalda, traicioneramente. Pero la llegada providencial de un capataz que ordenó energicamente al malvado guarda que limpiase las jaulas que estaban a su cuidado, libró a Zani de una mortal agresión por parte de aquel indigno sujeto.

Entretanto, Garbosh hallábase fuera de quicio por la tardanza de Zani. El hombre estaba impaciente por ver cómo se cumplía su deseo de que fuera despedido aquel muchacho díscolo e indisciplinado que en más de una ocasión se había reído de sus órdenes, que él creía tan serias, pero que en realidad sólo eran atrozmente ridículas, ya que Garbosh, alucinado por las cosas aparatosas y marciales pretendía hacer de los guardas del parque una especie de soldados que obedecieran sin chistar sus órdenes de mando.

Era un militar fracasado que ya que no podía mandar una división se hacía la ilusión de que la mandaba al tener bajo su férula un par de docenas de hombres poco menos que desarrapados a los que intentaba aplicar las normas y métodos cuartelarios.

En algunos había conseguido hallar materia maleable, pero en cam-

bio de otros no conseguía sacar ningún provecho. Entre éstos, y como el más rebelde de todos, hallábase Zani, por lo que había concebido contra él un odio feroz. Y ahora que veía llegado el momento de desprenderse para siempre del odiado muchacho — gracias a la denuncia de la señora de la piel de mofeta, — su alma, tan raquítica como su cuerpo, se alegraba considerablemente. Y en su impaciencia por ver consumada su venganza, ordenó al portero del parque que fuera en busca de Zani y que no se conformara con decirle que acudiese a la Dirección, sino que él mismo lo condujese a su presencia.

El portero, un viejo con mostacho y patillas a lo Francisco José, salió renqueando a la caza de Zani.

Al fin lo logró atrapar y con él se encaminó a la Dirección.

Pero he aquí que en el camino se tropezaron con "Rajah", que transportaba sobre sus lomos a unos niños, mientras otros lo contemplaban embobaditos, y Zani, queriendo dar un nuevo motivo de diversión a sus pequeños amigos realizando un alarde de temeridad, se tendió en el

suelo, ante las enormes patas del elefante.

El conductor de éste detuvo el paso para que no aplastase al muchacho. Pero Zani cogiéndole la trompa a "Rajah" se la acarició y le dijo:

—Escúchame, "Rajah". Soy tu viejo amigo Zani, ¿me entiendes?

El enorme animal movió la cabeza, como asintiendo, y con mucho cuidado pasó por encima del muchacho sin rozarle ni un pelo de la ropa con sus tremendas patazas.

Y Zani se levantó sonriente cuando "Rajah" hubo pasado entre los aplausos y las felicitaciones de la infantil concurrencia.

—Vamos, hombre, vamos aprisa — le indicó el portero —, que Garbosh te espera.

—¿Garbosh? ¿Y qué quiere ese tipo de mí?

—¡Qué sé yo! Pero es el caso que está furioso.

—Bueno, pues que lo sienten en un puerco espín y ya verá cómo se le pasa.

De pronto Zani vió algo que le produjo asombro y le hizo exclamar:

—¡Caramba! Hoy debe ser jueves, ¿verdad?

—Sí. ¿Por qué lo dices?

—Porque las huérfanas están ahí.

En efecto, por uno de los paseos del parque avanzaban en doble fila las huérfanitas mayores del Hospicio, pisando fuerte la arena con sus grandes zapatones hombrunos y vestidas con unos horribles uniformes grises que anulaban por completo todas las gracias de sus cuerpos de mujercitas en capullo. Y para completar la nefasta obra de destruir en ellas todo rasgo de belleza, se cubrían la cabeza con unos grotescos sombreritos negros de hule, de alas y copa tan redondas, que más que sombreros hechos con el fin de agraciar los rostros parecían tapaderas destinadas a ahogar los pensamientos y las ideas de sus cerebros.

Las huérfanas iban a pasar cerca de Zani, y antes de que esto sucediera, hubo entre ellas un revuelo general.

Y una de ellas le tocó con el dedo a otra compañera, y le dijo:

—Ahí está.

La muchacha así advertida palió deció al oír estas dos palabras y se la vió azorarse en gran manera. Era una joven de largas trenzas

rubias que le caían como dos gruesos cordones de oro sobre el pecho. Su rostro era tan bello, que el ridículo indumento y la no menos ridícula capota que llevaba, no conseguían de ningún modo afecharla. Tenía unos ojos maravillosos, de un mágico azul oscuro, y tan grandes que parecía increíble, aun viéndolos, que pudieran existir unos ojos así.

Sus ojos y su boca, de labios gruesos, rojos y jugosos, denunciaban un alma ingenua, buena, candorosa que cautivaba con su indiscutible hechizo.

Al pasar junto a Zani, aquellos ojos divinos cruzaron su mirada con los del muchacho, y una dulce sonrisa se marcó en el rostro de la huérfana, súbitamente teñido por el rubor.

También Zani había sonreído.

No era la primera vez que había reparado en aquella muchachita tan bella ni la única en que sus miradas a su custodia, y que no creían entre ellos.

Todos los jueves, desde hacía ya muchos, Zani, al ver la larga fila de las hospicianas, se apresuraba a salirle al paso sólo para poder contemplar la serena belleza de la

jovencita de las trenzas de oro. Y luego cuando ya las huérfanitas habían pasado él buscaba el medio de hacerse el encontradizo con ellas para sumirse de nuevo en la admiración de aquel rostro tan puro y de aquellos ojos que tenían algo de celestial, de divino.

Así habíase ido enamorando de la huérfanita y así había conseguido que ésta se enamorase de él, sin que entre ambos mediase palabra alguna, cosa imposible dada la estrecha vigilancia que sobre las huérfanas ejercían sus profesoras, graves matronas a quienes el continuo contacto con las desvalidas criaturas no había conseguido infiltrar un poco de amor hacia ellas en sus endurecidos corazones de funcionarias que cumplían con su obligación de instruir más o menos bien a las huérfanitas entregadas a su custodia, y que no creían fuera necesario poner de su parte un poco de sentimiento ya que nadie se lo exigía oficialmente.

Pero sin que sus bocas hablasen, los corazones de ambos jóvenes habían logrado entenderse perfectamente, aun cuando un idilio entre ellos fuera imposible dado que la huérfanita no era de sí misma ni lo

sería hasta que llegase a obtener su mayoría de edad. ¡Y esta fecha estaba aún tan lejana!...

Mas de estos formulismos legales no entienden los corazones cuando están enamorados, y aunque la huérfanita y Zani presintieran que sus amores habrían de tropezar con mil obstáculos que tratarían de impedir que ambos lograsen la dicha de llegar a ser el uno para el otro se amaban en silencio cada vez más. Zani, al recibir aquella tarde la ofrenda de la dulce mirada ruborosa de la huérfana, sintióse como invadido de una repentina alegría y continuó satisfecho al lado del portero, a ver qué se le antojaba al Director o a Garbosh, pues ya no estaba bien seguro de cuál de los dos era el que le reclamaba, pues las palabras del portero, al advertirle que el secretario era el que le había enviado a buscarle y que éste se hallaba hecho un basilisco, le habían desorientado.

El viejo portero, que había reparado en la sonrisa de la linda muchacha, exclamó:

—Nunca hasta ahora había visto reír a una huérfana del Hospicio como esa chica. ¿Te has fijado que sonreía igual que una muchacha en

H U E R F A N O S E N B U D A P E S T

libertad y con padres? ¡Pero deja que la vea reírse una de esas arpías que las acompañan y verás cómo se la carga la pobre! ¿Por qué no las dejarán reír libremente en lugar de hacer que vayan siempre serias y tristes como sauces llorones?

Zani aprobó con un movimiento de cabeza las observaciones del portero.

Pocos minutos después se hallaba en presencia del Doctor Grunbaum.

Este se hallaba solo, curando a una gacela muy joven que se había quebrado una pata.

El doctor le recibió amable, afectuoso, como era habitual en él. Y sin embargo, sus primeras palabras fueron para acusarle de haber robado una piel la tarde del miércoles.

Zani no negó. El la había robado, efectivamente.

El Director clavó su mirada en los ojos de él, tratando de penetrar la causa por la que había cometido esta acción reprobable tan imprópria de un hombre de recta conciencia como era el joven guarda, al que le profesaba gran cariño el doctor Grunbaum por conocerle desde que era niño.

—¿Por qué hiciste eso, Zani?— le preguntó.

—Lo hice—respondió el muchacho — porque no puedo sufrir el saber que se matan animales sólo para satisfacer la vanidad humana adornándose con sus pieles.

—Tienes razón, hijo mío—arguyó el doctor, que profesaba las mismas ideas que Zani a este respecto—, pero desgraciadamente no hay ninguna ley que prohíba hacer eso. Sólo el día que el hombre deje de ser el enemigo natural de todos los animales, se conseguirá legislar en ese sentido. Pero la naturaleza humana es de tal condición, que puede asegurarse que ese día no llegará jamás. Y volviendo a la piel que robaste, dime qué hiciste con ella. ¿La vendiste?

—No, señor director. La misma razón que hizo que me apoderase de esa piel, hubiera vedado a mi conciencia el que comerciase con ella.

—Entonces, ¿qué hiciste?

—La quemé, como he quemado otras de las que me apoderé anteriormente. Usted debe saberlo, doctor. No habrán faltado almas caritativas que hayan venido a contárselo a usted.

Calló el doctor.

Zani acarició la gacela que curaba el doctor Grunbaum. Y con amarga ironía, dijo:

—¡Qué abrigo tan hermoso y tan suave podría sacarse de su piel! ¿Verdad, señor doctor?

Sonrió éste, comprendiendo su intención. En su fuero interno había perdonado el delito de Zani, que ahora se le presentaba solamente como un acto de verdadera justicia. ¡Lástima que los hombres no pudieran entenderlo así! ¡Y sobre todo que no lo entendiera Garbosh!...

La opinión de su secretario le preocupaba y pesaba mucho en este caso. Pero, a pesar de todo, él estaba dispuesto a hacer prevalecer su autoridad en aquel caso, lo que quiere decir que si tácitamente había perdonado ya a Zani, ni su secretario ni nadie tenía derecho a juzgar su decisión, en la que entraían factores de índole sentimental, pues Zani era hijo de un antiguo empleado del parque zoológico a quien Grunbaum apreció en vida tanto como apreciaba ahora al muchacho.

Este, contemplando la maestría

del doctor para curar a la gacela le preguntó:

—¿Recuerda aquel gamo que curó usted el año pasado?

—Sí — repuso sonriente Grunbaum—. Tú me ayudaste a salvarle, Zani. ¿Quieres darme esas tijeras?

Zani le entregó lo que pedía, y el doctor, mientras cortaba el vendaje que le ponía al animalito, declaró:

—Tu padre sí que entendía de curar animales. Sin haber estudiado veterinaria sabía de esto mucho más que yo. Su sabiduría a este respecto no se la habían dado los libros sino la convivencia durante muchísimos años con los animales de este mismo jardín zoológico. El era guarda mayor de aquí cuando tú naciste.

El doctor hizo una pausa, y luego, con nostalgia, evocó la alegría del buen hombre al ser padre.

—Pero poco después—prosiguió el doctor—su alegría se tornó en tristeza al morir tu madre. Algunos años más tarde fué mortalmente herido por “Simla”, un tigre feroz. Y no obstante hallarse casi agonizante, aún pedía por favor que no matásemos, en nuestra natural deses-

peración, al tigre que le había occasionado la muerte. Era muy bueno, muy bueno...

Hizo una nueva pausa el doctor, y luego de mover la cabeza como queriendo desechar el triste recuerdo, continuó:

—Entonces nosotros te adoptamos particularmente. Aquí has vivido siempre y aquí te has hecho hombre. Tú no conoces más mundo que este, y quizá por eso infringes repetidamente las leyes del mundo exterior. Realmente, debes ser castigado, Zani.

—Doctor, usted sabe que yo odio ese mundo y que nada me importan sus leyes—replicó firmemente el muchacho—. Pero por usted, yo le prometo que no reincidiré jamás en esa falta.

—Lo has prometido tantas veces!...

El doctor hizo un movimiento y la gacela se espantó.

—Oh, doctor! ¡La ha asustado usted!—le reprochó amistosamente Zani—. Vea usted; sus orejas tiemblan como las hojas en el árbol.

—Bien, bien. Guarda todo esto.

Zani cogió el instrumental de que

se había servido el doctor y fué a guardarlo en una vitrina que había junto a un amplio ventanal desde el que se divisaba buena parte del parque.

Al depositar en la vitrina los diversos instrumentos de cirugía, un mirlo que se hallaba enjaulado junto a la ventana, comenzó a silbar, con su burlón silbido.

Zani quedóse mirándolo, y como si presagiara algo en su silbido, le preguntó:

—¿Por qué silbas así, pajaraco?

El mirlo volvió a silbar.

Zani miró distraídamente por el ventanal, o buscando tal vez la causa de los silbidos del mirlo, y vió que no lejos de allí pasaban las huérfanas, silenciosas, aburridas, bajo la mirada vigilante de sus profesoras.

Y guardando con rapidez los instrumentos, salió apresuradamente de la Dirección rogándole al director que le dispensase, pero ya volverían a hablar del asunto de las pieles en otro momento.

Garbosh, al verle marchar tan precipitadamente, creyó que ya todo había terminado a la medida de

su capricho y penetró donde se hallaba el director, al que le preguntó con avidez:

—¿Qué? ¿Le despidió usted ya?

Y vió su gozo en un pozo al oír de lahos de Grunbaum que había perdonado a Zani después de prometerle éste que no lo haría más.

Se oyó un silbido igual que el del mirlo.

—¿Oyes? ¡Es su silbido!—le dijo una compañera a la huérfanita de las trenzas rubias.

Ella asintió, emocionada.

La doble hilera de huérfanas iba recorriendo todo el parque, sin descanso, formadas militarmente y obedeciendo las órdenes de las profesoras, que se conducían como capitanas de aquel pequeño regimiento femenino.

—¿Por qué nos traen siempre aquí?—le preguntó su compañera de fila.

—Para demostrarnos que nos tratan algo mejor que a los animales, únicamente—respondió por lo

bajito la bella joven, con oportuna ironía.

La directora, una dama gruesa, con lentes, de boca sumida y ojillos ratoniles, ordenó.

—¡Alto!

El femenil rebaño paróse en seco.

—De cara a las avestruces, niñas.

Todas giraron sobre sus talones, agrupándose en torno al recinto alambrado de las avestruces.

Estas se alborotaron y contemplaron con sus ojuelos redondos y espantadizos a las recién llegadas.

Y mientras la directora leía en un grueso volumen, en voz alta, cosas tan peregrinas como que el

avestruz pone un huevo tan grande que se puede hacer con él una tortilla capaz para doce personas, las jovencitas descubrieron que aquélla tenía una cara exactamente igual que la de un avestruz, con su boca grande y sumida, que era como el enorme pico de las avestruzes y sus ojos, redondos como los de éstas, detrás de los gruesos cristales de los lentes.

Quizá la única entre todas las huérfanas que no formuló en su cerebro esta comparación, fué Eva, la bellísima muchacha rubia, porque algo para ella más interesante que esto reclamaba su atención, y era la persona de Zani.

El simpático muchacho, apoyado en las barras que separaban el paseo de las jaulas de las avestruzes, fingía escuchar la insulsa lectura, y en realidad algunas de las grandes estupideces en ella contenidas llegaban hasta sus oídos, dejándole estupefacto, pues él, que conocía al dedillo la vida de todos los animales encerrados en el parque, no había podido descubrir en las avestruzes las costumbres, vicios y virtudes que en aquel librote se les atribuían. Pero lo que verdaderamente hacía él allí era contemplar a la

mujercita de sus ensueños, quien bravamente sostenía su mirada hasta que llegaba un momento en que no podía resistirla y bajaba los ojos, ruborosa.

Poco después, las huérfanas, a una nueva voz de mando, se ponían nuevamente en movimiento, camino de la jaula de los leones.

Se advertía en ellas una cierta nerviosidad que la presencia de Zani aumentaba. Y ocultándose de sus guardianas, cuchicheaban entre sí. Algo tramaban, y en lo que fuese debía andar mezclado Zani sin saberlo, por como le miraban a hurtadillas.

Al pasar por un puente, una de las compañeras de Eva que iba tras ésta, le dijo:

—¿Por qué no escapas ahora? Esta es la ocasión.

La huérfana que iba al lado de la linda joven rubia, una muchachita esmirriada, fea y poco simpática, le advirtió, rápida, al oír las palabras de la otra:

—No lo hagas, Eva, que eso te acarrearía un serio disgusto. Te cogerían en seguida, y entonces... Acuérdate de lo que le hicieron a la pobre Sofía.

—!Pero Eva cumplió ayer die-

ciocho años, y si no se escapa la llevarán contratada a las tenerías por cinco años!—arguyó la que había hablado primero.

—¡Niñas! ¡De cara a los leones! —se oyó chillar a la directora.

La situación de la muchacha de la que Zani habíase enamorado, era crítica en aquellos momentos.

Como había dicho su compañera, acababa de cumplir dieciocho años, y esto, para las jovencitas recogidas en el orfelinato, tenía una interpretación poco grata, ya que al cumplir esa edad eran colocadas en las fábricas de curtidos, donde habían de realizar un trabajo penoso que agostaba en pocos años su juventud.

Desde hacía algún tiempo, Eva, horrorizada ante la proximidad de la llegada de fecha para ella tan fatídica, se pasaba las noches llorando.

Sus compañeras, apiadadas de ella, trataban de prodigarle algún consuelo, inútilmente. La realidad era tan terrible que no admitía paliativos de ninguna clase.

Sólo el recuerdo del guapo muchacho que había visto tantas veces en el jardín zoológico y que con sus miradas encendidas habíale expre-

sado la adoración que sentía por ella, conseguía distraerla y hacerla olvidar, siquiera fuese momentáneamente, su desdicha.

Pero luego, pasados estos momentos de venturosa rememoración, se le aparecía de nuevo con claridad meridiana toda su tragedia en su inmensa magnitud, y volvían las horas de desesperación y de tristeza.

En una de sus terribles noches de insomnio, concibió el proyecto de fugarse.

Para ello sólo había un medio, y era hacerlo cuando salieran de paseo un jueves por la tarde.

Durante varias noches rumió su propósito, que acabó por comunicar a tres o cuatro de sus compañeras más fieles. Y entre todas ellas lo fueron perfilando hasta dejarlo convertido en un plan maravillosamente premeditado.

Se fugaría en el parque, donde buscaría al muchacho que amaba y al cual suplicaría que la protegiese y pusiera al abrigo de toda persecución. Y si él verdaderamente la quería, como parecía demostrar, ambos lograrían hallar la felicidad juntos.

—¡Aquí tenemos a los leones!—

declaró la directora, por si sus discípulas no se habían enterado todavía—. El león es conocido como el rey de los animales.

La directora siguió leyendo sin que ninguna de sus discípulas la atendiera, pues la atención de todas se concentraba en Zani, quien, de espaldas a Eva, contemplaba al león desde el estrecho pasadizo que existía entre la jaula y la valla que impedía que el público pudiera acercarse demasiado a éste.

Y como si hablara para el león, exclamó en voz bastante alta para que pudiera ser oída por Eva:

—¡Y pensar que si quisieras podrías escapar! Porque tú eres lo bastante fuerte para hacerlo... ¡pero tienes miedo!

—Se refiere a ti—le dijeron a Eva sus compañeras.

—¡Niñas! ¡No cuchicheen!—les reprendió agriamente la directora, interrumpiendo un momento su interesantísima lectura acerca de los leones.

—Si quisieras... ¡podrías ser tan feliz!...—exclamó Zani, en la misma forma de antes.

El corazón de la muchacha latió fuertemente de emoción.

La voz de la directora se dejó oír

de nuevo, ordenando imperativamente la marcha hacia otra jaula no visitada todavía.

Pero en aquel momento apareció el viejo portero agitando una campana y gritando calmadamente:

—¡Señores! ¡Que se va a cerrar!

En vista de esto, la directora ordenó entonces que se dirigieran a la salida.

—¡Tienes miedo!—le reprochó a Eva la amiga que mayormente la alentaba—. ¡Vas a dejar escapar esta ocasión, y luego tendrás que arrepentirte, quién sabe si durante toda tu vida!

Eva la escuchaba pálida como una muerta.

—Todo lo que necesitas es un poco de arrojo y que nosotras te incitemos a que huyas—prosiguió la amiga—. ¡Por tu bien, Eva, no te vuelvas atrás ahora!

Zani habíase adelantado a las huérfanas para ver una vez más a su adorada.

Ante el cercado de las gacelas esperó el paso de las muchachas. Y esta vez más de cerca que nunca pudo admirar su rostro dulcísimo al pasar ella por su lado, casi rozándole.

Con tristeza vió alejarse la doble fila de muchachas.

Una gacela se le aproximó.

Zani saltó dentro del cercado, tomó en sus brazos al bello animalito, cuyo cuerpo tenía la armonía y la elegancia de líneas de un cuerpo de mujer y sus movimientos la gracia voluptuosa y coquetona de los movimientos femeninos, y abrazándole y acariciándole con ternura, le dijo:

—Ella es tan tímida como tú. Las dos tembláis al oír crujir una ramita. Nunca se decidirá a abandonar el orfelinato, pero a pesar de eso, yo la quiero, como también te quiero a ti a pesar de ser tan medrosa.

Pablito, el niño rubio y travieso que hemos conocido junto a su niñera tirando pescados a las focas, no había podido lograr su ambición de montar sobre “Rajáh”, pues cuando al final consiguió convencer a su tirana para que le dejase hacerlo, se encontró con que ya no permitían los paseos a lomos del elefante porque se iba a cerrar el parque.

—¡Pues yo quiero dar un paseo!—insistió, pataleando, aquel caballito de cinco años.

El guardián de “Rajáh” le dijo entonces:

—Mira. Ven mañana y podrás dar todos los paseos que quieras, porque mañana no vendrán tantos niños como hoy.

—¡Quiá, no señor! Este niño no vendrá ya nunca más, porque es muy malo y no lo dejaremos—declaró la criada.

El niño, que oyó esto, protestó, llorando y rabiando. Y casi a ras de su criada que sacarlo del parque.

En la puerta de éste había parado un autobús, que era precisamente el que tenían que tomar para ir a casa.

La criada montó al niño en el coche, mientras ella se despedía de su prima, la bobalicona campesina, a la que encareció no se perdiere por la ciudad.

Y entretanto se verificaba tal despedida, Pablito se escabulló como una anguila del autobús, y sin ser visto por nadie a causa de la gran cantidad de público que salía del parque, se coló en éste sin ninguna dificultad, con la esperanza de poder dar aún el anhelado paseo a lomos de “Rajáh”.

El cobrador del autobús avisó a

la criada que éste iba a marchar.

La mujer penetró en el coche y cerráronse las puertas de éste que seguidamente arrancó con velocidad.

Y entretanto la criada, al no ver al niño en el coche iba mirando, uno por uno, debajo de todos los asientos, creyendo en una nueva travesura de las muchas que al cabo del día cometía Pablito, en el jardín zoológico ocurría algo que no puede dejar de ser relatado.

Era que, al pasar las huérfanas sobre un puente que atravesaba el estanque del parque, una de ellas, a una señal silenciosa que habíanse ido trasmitiendo de una en otra, a partir de Eva, se arrojó al agua mientras las profesoras, que iban a la cabeza, hallábanse distraídas.

Todas gritaron, fingiendo alarma por aquel accidente casual.

Y aprovechando el revuelo que se armó, Eva escapó, llevándose un vestido y unos zapatos nuevos que entre varias compañeras habían traído ocultos para ella, quien con el uniforme del orfelinato no hubiera podido ir a ninguna parte.

Las profesoras tragáronse fácilmente la píldora de que lo ocurrido había sido un accidente, y mer-

ced a una hábil combinación de las muchachas, la falta de Eva no fué advertida de momento.

La que fingiera el tal accidente había sabido interpretar su papel a la perfección, pues aun cuando sabía nadar perfectamente, hizo como que se hundía en el estanque y se agarró a un peñasco hasta que unos empleados del parque corrieron a *salvarla*. Y envuelta en una manta emprendió con las demás el camino del orfelinato.

Y entretanto Eva, oculta entre unos matorrales esperaba la llegada de la noche, que ya se hallaba próxima, para buscar a Zani y huír con él de allí.

Pero Zani, ignorante de lo que sucedía, se hallaba en aquel momento en el otro extremo del parque.

Y quiso su mala estrella que el muchacho acertase a oír la exclamación de una dama que acompañada de su esposo se encontraba ante la jaula de un zorro plateado.

—¡Oh, qué zorro tan precioso! —decía—. Su piel iguala perfectamente a la mía. ¡Qué estupendo manguito haría!

Efectivamente, la piel del zorro

era exactamente igual a la que la señora llevaba arrollada al cuello.

Y la idea de que la piel del zorro podría convertirse en un magnífico manguito para ella tomó tal consistencia en su cerebro, que no tuvo ningún inconveniente en pedirle a su marido:

—Cómpramelo.

El esposo, un peripuesto caballero, de cuidada indumentaria y no menos cuidada barba, negra y rizada como la de un faraón, respondió a su mujer:

—El jardín zoológico no vende sus animales.

—Pero a ti sí que te lo vendrían, que para eso eres uno de los mayores contribuyentes al sostenimiento de éste—insistió la dama; y luego, suspirando, añadió: —¡Ay, maridito! ¡Si tú supieras el alegrón que me darías con ello!... ¡Son de un parecido tan perfecto esa piel y la mía!

—Bueno, bueno. Está muy bien, pero anda, vámonos—le dijo él, a quien maldita la gracia que le hacía darle un alegrón de esa índole a su costilla.

Pero no bien anduvieron unos cuantos metros, la señora sintió que

le arrebataban violentamente su piel.

—¡Ah!—gritó—. ¡Me han robado!

—¿Qué... que te han robado?—repitió el marido, muerto de miedo—. Pe... pero ¿dónde está el ladón?

Esa misma pregunta hacíase también su mujer; porque, indudablemente, le habían arrebatado la piel, pero en todo aquel contorno no se veía persona alguna.

—¡Haz algo! ¡Llama a alguien! —le instigaba la señora a su marido.

—¿Qué quieras que haga? Lo único que podemos hacer ahora es denunciar el robo y nada más.

—Pues vamos a denunciarlo!

No hay que decir quién había sido el autor de éste. Zani, olvidando la promesa hecha aquella misma tarde al director, se había dejado llevar por su noble impulso de castigar a aquella dama de tan seco corazón que no vacilaba en hacer sacrificar a un pobre animal que ningún daño le había hecho, para satisfacer la vanidad de adornarse con su vistosa piel.

La institutriz de Pablito, al darse cuenta de la desaparición de éste,

corrió atribulada a denunciar el hecho a un guardia.

Y al mismo tiempo las profesoras que acompañaban a las huérfanas, notaban la falta de Eva.

—¡Vosotras sabréis cómo se escapó! Aprisa, decid dónde está Eva —gritó la directora a sus discípulas.

Y dirigiéndose a la que formaba pareja con la desaparecida, le dijo:

—Tú, Emma; tú debes saber dónde está Eva y cómo se produjo su fuga. Confiesa, pues, cuánto sepas.

La muchacha, apocada, iba a hablar, pero dos pisotones a tiempo en los talones la hicieron exhalar un gemido y le sirvieron de saluable advertencia que le hizo comprender que era más prudente callar.

Apresuradamente corrió la directora a la puerta del jardín zoológico a avisar que una de las huérfanas había quedado dentro.

Al principio no la hicieron caso los porteros, arguyendo que si había quedado dentro ya saldría, acuciada por el miedo que le produciría hallarse entre fieras en medio de la noche, que ya iba cerrando.

Pero al presentar la denuncia en la dirección, se ordenó al viejo por-

tero mayor y a un guarda que fueran a buscarla por todo el parque. Y a la directora se le advirtió que en cuanto apareciera se le telefonaría seguidamente.

Y mientras tanto, Eva, tendida sobre el césped, iba dejando que las sombras llegasen para no delatar su presencia en aquel lugar. Y cuando juzgó que ya nadie podía verla comenzó a despojarse de sus ropas de uniforme para trocarlas por el vestido nuevo que a costa de mil sacrificios había logrado hacerse para cuando llegase aquel momento por el que tanto había suspirado.

Las burdas medias de lana que denigraban la maravilla de sus piernas, blancas como azucenas y de perfecto dibujo, fueron sustituidas por finas medias de seda que eran como dignos estuches para guardar tales joyas de gracia y de voluptuosidad.

Junto a ella, el lago, en aquella hora misteriosa del crepúsculo, parecía hallarse embrujado. Sus tranquilas aguas mentían, con los últimos rayos del sol poniente, una constelación de rubíes al ser agitadas levemente por el suave deslizarse de los cisnes, blancas góndolas.

H U E R F A N O S E N B U D A P E S T

las de plumas que surcaban la tersa superficie con una serenidad majestuosa.

Había en todo el parque, en aquella hora, un silencio de paz, sólo turbado de vez en cuando por el graznido de algún ave mayor, o por el rugido lejano de alguna fiera. Y cuando éstos se dejaban oír, aunque fueran a muy larga distancia, la muchachita sentía recorrerle todo su cuerpo un escalofrío de pavor.

Y con el alma en un hilo, ella esperaba la llegada de Zani, pues le daba el corazón que el muchacho habría de encontrarla al fin.

Zani, que andaba por el parque, se tropezó con el viejo portero, quien le informó que andaba en busca de una huérfana que se había extraviado por el parque, o que se había quedado voluntariamente en él, causa por la cual él no podría cenar aquella noche su plato de legumbres calientes, pues cuando llegase a la cantina éstas seguramente habríanse acabado, como ya veníale sucediendo varias noches en que por causa del servicio había llegado un poco retrasado a la cena.

Zani no dudó un momento quién

pudiera ser la tal huérfanita, y con el corazón palpitante de emoción se ofreció a ayudar al portero en su búsqueda.

Presumiendo el sitio en que Eva debía hallarse oculta, envió al portero a buscar por el lado opuesto, mientras él se encaminaba a la isleta donde seguramente la hallaría.

Cada momento que pasaba aumentaba el temor y la zozobra en Eva.

A los mágicos reflejos del crepúsculo iban sucediendo las negras sombras del anochecer. Y los grandes matorrales que la rodeaban parecían ir adquiriendo formas humanas.

De pronto una sombra enorme se abalanzó sobre ella.

La joven exhaló un grito de pánico, que fué contestado con un graznido. Y entonces comprendió que aquella sombra que a ella le había parecido la de un monstruo espantable, no era más que un inofensivo *flamenco* que acababa de levantar el vuelo desde la orilla del lago.

Poco después oyó voces de hombres, no muy lejos de allí, y el tintineo de una campana que en seguida reconoció como la del porte-

ro del jardín zoológico, por haberla oído muchísimas veces, en tantos jueves como había concurrido a aquel lugar con las restantes huérfanitas.

Al instante comprendió que aquellos hombres andaban en su busca, y procuró contener la respiración, pues creía que ésta podía delatarla, a pesar de que aquéllos que la buscaban pasaban a una distancia relativamente lejana para poder oír su respiración.

Alejáronse sus perseguidores, y cuando todo se halló nuevamente en calma, oyó cercano el silbido de un mirlo. Y aun cuando el más experto conocedor del silbido de este pájaro no hubiera vacilado en afirmar que se trataba de un mirlo auténtico, ella no dudó respecto a su naturaleza, y respondió con otro silbido, tenue, apagado, y un momento después Zani se hallaba en su presencia.

Al verle, sus ojos se alegraron repentinamente, e intuitivamente llevóse las manos al pecho, como para contener el corazón que parecía ir a salírsele de aquél a fuerza de latir.

Zani la contempló absorto.

Nunca la había visto tan bella co-

mo ahora en que la luz incierta del anochecer daba a su rostro inmaculado la transparencia mágica de la cera, prestigiada por una blancura de nieve. Sus cabellos, libres del odioso gorrito que los ocultaban, formaban como un casco de oro, de suave fulgor, sobre su cabeza. Y su cuerpo, ceñido por aquel vestido, tan distinto del horrible uniforme gris de hospiciiana, acusaba sus líneas maravillosas, de suave y graciosa redondez.

—¡Por fin ha tenido usted valor! —exclamó el muchacho, presa de una emoción extraña. Y añadió: —¡No me lo esperaba!

Ella no contestó. Sus bellos ojos azules estaban fijos en los de él. A su espontánea alegría vino a sumarse de repente un incierto temor. El temor de que ella se hubiera equivocado respecto a Zani y éste pudiera delatarla.

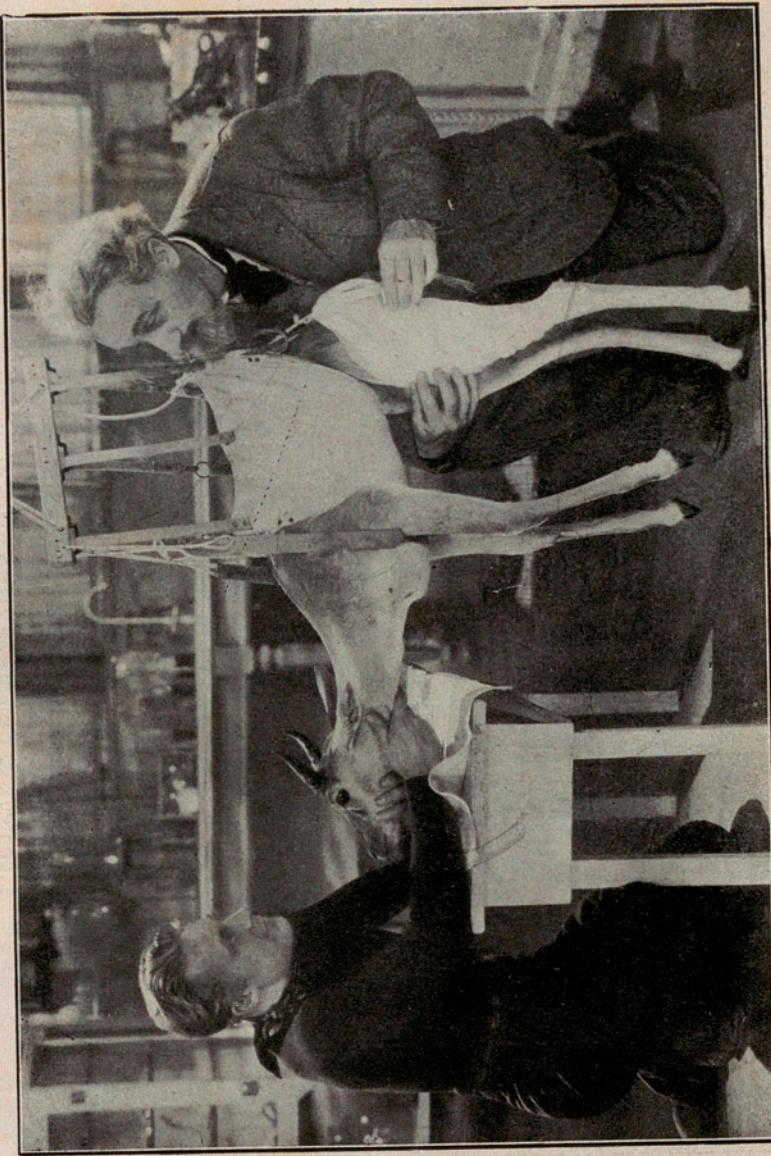
—Has reconocido mi silbido —dijo el muchacho, sentándose a su lado, sobre la hierba.

—Y usted el mío —musitó ella, tímidamente.

—Eso no tiene ninguna importancia —declaró Zani, herido en su amor propio de imitador de pájaros al ver que se pudiera comparar su

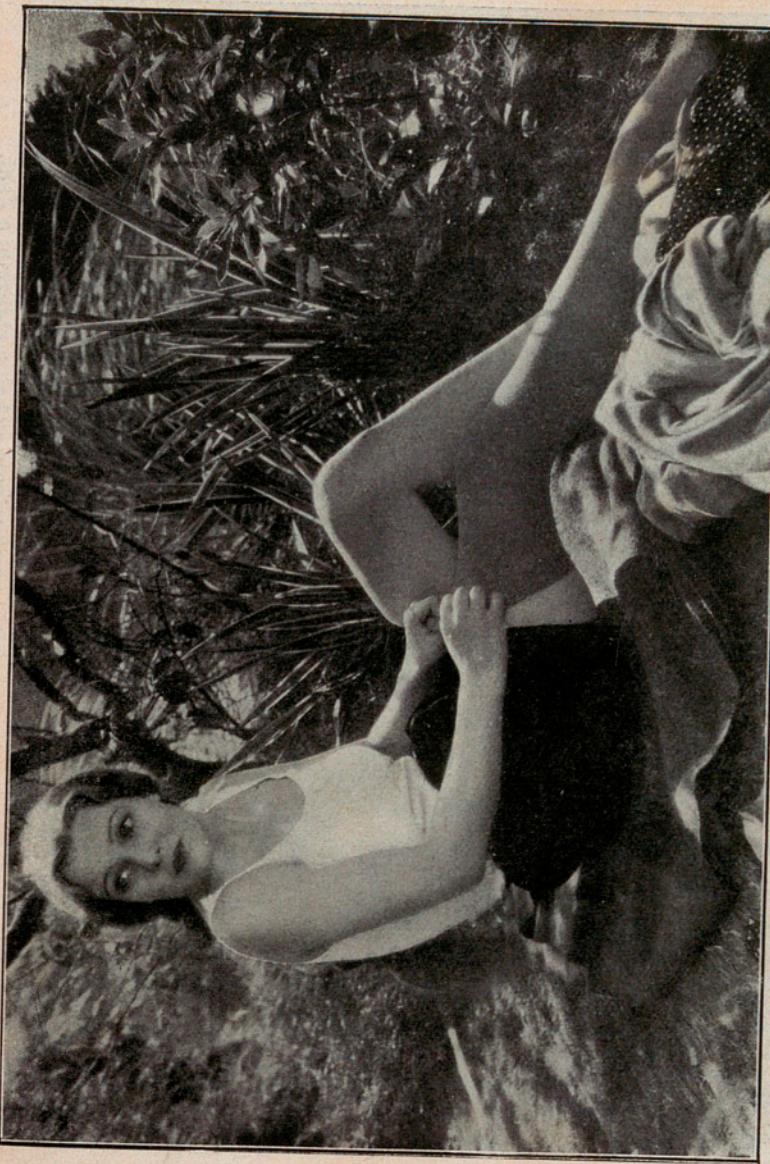


Era un ser de rostro repulsivo...



34

—¿Por qué hiciste eso, Zani?



35

... comenzó a despojarse de sus ropas de uniforme...



... se dió cuenta de que en su empavorecimiento se había abrazado a Zani.



... la hizo rodar sobre el césped, falta de fuerzas...



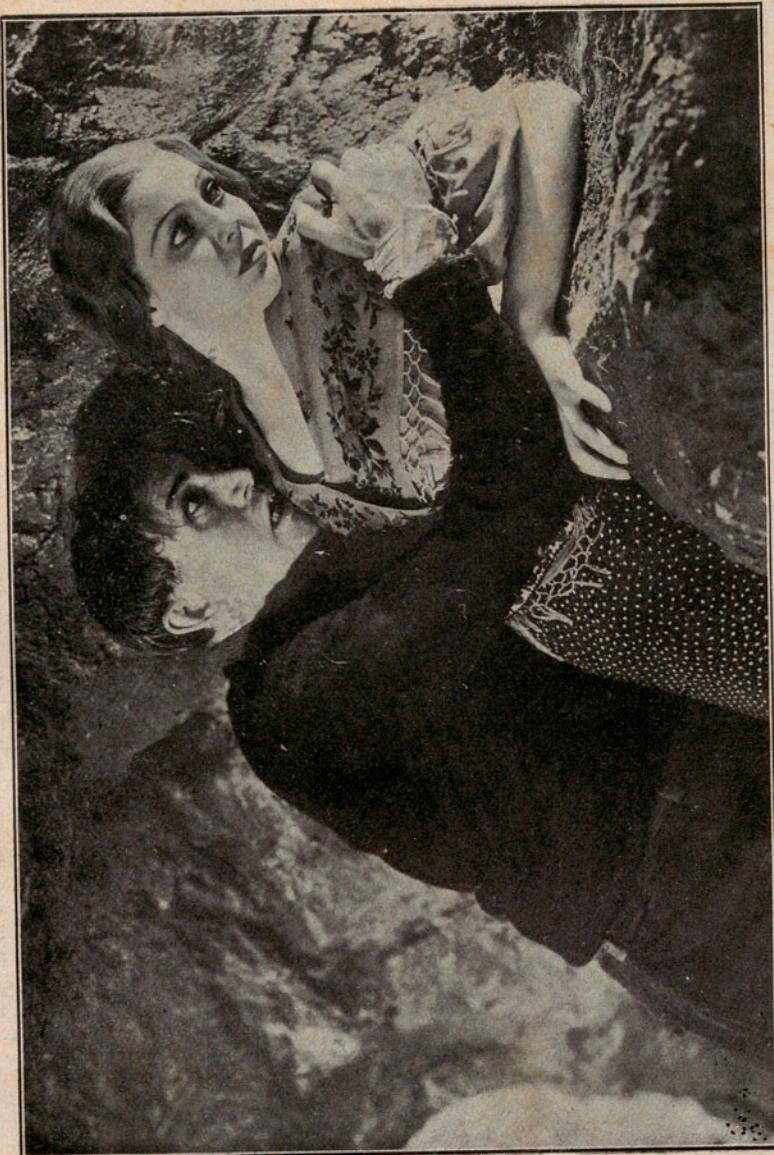
— Me están buscando.

38



39

— Vamos a suponer que nos casásemos tú y yo. ¿Qué conseguiríamos con ello?



—¿Por qué no chillas?

silbido de mirlo con el vulgar silbido de una muchacha. Y añadió, con orgullo: —Yo puedo imitar con mis silbidos el canto de cualquier pájaro. Pero tú sólo sabes silbar como una mujer, y por eso reconocí en seguida tu llamada.

El graznido de un ave amedrentó a Eva, que buscó refugio en el pecho de Zani.

El sonrió de su temor.

—¿No me cogerán? — preguntó cándidamente la muchachita.

—No lo creo. Conseguí alejar de aquí a los que te buscaban.

Al apoyar Zani una mano en el suelo, ésta se hundió en algo suave, de amorosa tibieza.

Quiso ver qué era aquello y se halló con el uniforme de Eva. Y entonces se dió cuenta de que el cambio operado en la muchacha, lo que hacía que la hallara más hermosa y sugestiva que otras veces era que llevaba un vestido diferente, hecho con bastante gracia y elegancia.

—¡Hola! — exclamó —. ¿Con qué has mudado las plumas?

—¡Oh! ¡Mi uniforme!

—El cisne también cambia su plumaje todos los años. Por eso están bellos.

—¡Ah! No lo sabía.

Zani puso sus manos en los hombros de ella y la contempló un momento, extasiado.

—¡Qué hermosa eres! — dijo.

Y tras una pausa, en la que podía percibirse el latir agitado de sus corazones, él la preguntó:

—¿Por qué no te escapaste hace ya muchas semanas, desde la primera vez que nos vimos y tu sonrisa se cruzó con la mía?

—No tenía ropa para escaparme — declaró sincera, sin sonrojos.

—Podías haberla comprado.

—Comprarla! ¡Nunca tenemos dinero!

—Entonces, ¿cómo conseguiste este vestido?

—La ropa se la regalaron unos parientes a una compañera, y con la ayuda de siete buenas amigas conseguimos hacerlo en pocas horas, mientras las otras compañeras y las profesoras dormían. Y como hacía muchísimo frío, teníamos que trabajar entre las ropas de la cama.

—¡Pobres! ¡Como topas en la oscuridad! — comentó Zani.

—Topos? ¿Qué son topos? — inquirió ella.

—¡Bah! ¡No sabes nada de animales! — exclamó despectivo Za-

ni al ver su ignorancia sobre este particular.

Eva se contemplaba a sí misma, orgullosa de su vestido.

—Este es mi primer vestido de mujer—dijo.

—¿Estás contenta de tenerlo?—le preguntó Zani, contagiado de la ternura que ella demostraba en todo.

—Mucho. Si lo pudiera lucir, aunque sólo fuera una sola vez, por la calle, puede que no me importase me volvieran a coger.

—Pues tú lo lucirás. Y este uniforme tan antipático lo ocultaremos en el fondo del lago. Pero para eso necesitaré una piedra grande que pueda hundirlo.

Zani buscó a su alrededor infructuosamente. De pronto tropezó con algo muy duro. Eran los zapatos hombrunos de la hospiciana. Los cogió, y quedó maravillado de su peso.

—Esto nos servirá como piedra.

—Los necesitas?

—No. Tengo zapatos nuevos —

declaró con orgullo Eva—. Y alzando la pierna, mostró su piececito calzado coquetonamente con unos zapatos de charol, de alto tacón.

Hábilmente hizo Zani un fardo con el vestido, el sombrero y los zapatos, y lo arrojó al lago.

Un tumultuoso revoloteo sobre-saltó nuevamente a la joven.

—¿Qué es eso?—preguntó.

—Un cisne australiano.

Entonces se dió cuenta de que en su empavorecimiento se había abrazado a Zani, y que éste la rodeaba el talle con sus brazos.

Sus ojos se contemplaron mutuamente y con fijeza. Y algo que no era miedo hizo estremecer a Eva.

Era que los labios de Zani acababan de posarse sobre los suyos en un beso deliciosísimo, turbador, que la aniquilaba y que la hizo rodar sobre el césped, falta de fuerzas, venturosamente enlazada por los brazos de Zani, que oprimían su espalda frenéticamente y juntaba su pecho con el de él.

IV

El doctor Grunbaum había creído en la promesa de Zani. Por eso al presentarse aquella nueva reclamación de la señora a quien le habían arrebatado su magnífico renard plateado, sufrió un gran dolor viendo que aquel muchacho al que tanto apreciaba no quería corregirse.

El caso aquel era más grave que los anteriores, no sólo por ser mayor la valía de la piel sustraída, sino que también, y más principalmente, porque en él jugaba un papel importante el nombre de un personaje de campanillas, gran contribuyente al presupuesto del parque zoológico.

Garbosh, con su innata malicia,

disfrutaba viendo a su director en tan grave aprieto. Y su felicidad culminó al ver que el doctor Grunbaum no tenía otro remedio que claudicar y le encargaba:

—Entrega a Zani a la policía.

Oído lo cual desplegó una actividad sin límites para ordenar que Zani compareciese en su presencia.

Y entonces fué a dos personas y no a una sola a las que buscaron en el vasto parque.

Desde la isleta en que Eva y Zani se hallaban, oyeron éstos las voces de los que iban en su persecución y vieron las luces de las linternas con que se iluminaban el camino.

—Tenemos que encontrarlos a

toda costa—oyeron claramente decir a uno de los guardas, que iba en compañía de otro.

—Me están buscando —susurró Eva al oído de Zani, espantada.

Y el muchacho, que había comprendido al instante lo que quería significar aquella pluralización del guarda, repuso:

—Y a mí también.

—¿A ti? ¿Y por qué?

—Oh, por nada! Quizá me necesitan—mintió Zani.

Eva, presa de infinita tristeza, considerando la desdicha que la esperaba si lograban dar con ella, dijo:

—Ayer cumplí dieciocho años!

—¿Y qué?

—Que a esa edad nos envían a las chicas del Orfelinato a trabajar en las tenerías.

—¿En las tenerías?

—Sí. Y el trabajo es allí insopportable. Muchas enferman para siempre. Si me encontrasen me llevarían allí!

Zani le acarició el lindo rostro, que denotaba el espanto que la poseía.

—No temas, chiquilla —le dijo—. Yo no consentiré que te cojan. Cuando la niebla se forme sobre el

lago, yo te llevaré a un lugar en el que no podrán dar con nosotros.

Un mugido desgarrador sobrecoió el ánimo de Eva.

—No te asistes, nena. Es un ciervo—le informó Zani—y está contento, porque por la noche nadie soñolivanta a los animales con su presencia.

Pasó algún tiempo.

Y nuevamente se oyeron las pisadas de los que iban en su busca.

La isleta estaba unida a las laderas del lago por un puente y era probable que esta vez los buscasen en ella.

Pero como forzosamente sus seguidores utilizarían ese único camino, Zani, para evitar su encuentro tomó en sus brazos a Eva y hundiéndose hasta la cintura en el agua del lago atravesó éste y condujo su preciada carga hasta una antigua cueva de osos.

—¿Y hay osos dentro?—inquirió Eva, atemorizada.

—No, mujer. Los quitaron de aquí hace ya tiempo.

Pero aun así, la linda joven desconfiaba.

Y Zani, por broma, le dijo:

—Por más que... ¿quién sabe? Quizá haya alguno por allí dentro.

Eva retrocedió, a la entrada de la cueva, espantada.

—¡Tonta! Era una broma solamente. ¿Es que no tienes confianza en mí?

Ella le miró, sonriente, y se apelotonó cariñosa contra su pecho. ¿No había de tener confianza en él si para ella Zani era en aquellos momentos el centro del Universo? Más que como al hombre amado lo miraba como a un dios, mediante cuya intercesión había podido ella ganar la libertad ansiada y la felicidad de ser amada por él. Y aquel beso que Zani le había dado en la boca, bien valía por todas las tristezas y penalidades sufridas durante los largos años de cautiverio en el frío y poco acogedor orfelinato.

La cueva era espaciosa.

Parte de ella carecía de techo, o lo que es lo mismo, tenía por tal el cielo, a la sazón tachonado de estrellas.

Se estaba bien allí, lejos de la humedad del estanque.

La noche era tibia, apacible, noche ideal para saborear las primicias de su idilio.

Zani quitó una gran losa de una de las paredes, y por el rectangular boquete que dejó, divisábase la ciu-

dad, cuajada de luces, como un espectáculo de fantasmagoría que extasió a Eva.

Un rumor de voces, allá abajo, advirtiéndole que aun andaban buscándole.

Zani se agitó en un estremecimiento.

—¡Ah, vas chorreando y tienes frío por mí!—le dijo ella.

—¡Bah, no te preocupes! Me tenderé aquí, a secarme y a mirar las estrellas. Y les preguntaré, una a una, si me quieres.

Eva rió.

—¿Y han de ser las estrellas quienes te lo tienen que decir?

—¡Claro! Ya que no me lo dices tú...

Bajó ella la cabeza, sonriendo, ruborosa.

Levantóse él de repente y dijo:

—¡Me voy!

Eva le miró aterrada.

—Voy a buscar comida.

—¡Oh, no te vayas!

—Tendrás hambre. Porque supongo que las huerfanitas también comen, ¿no es verdad?

Asintió ella con una leve sonrisa.

—Bien. Entonces te dejo sola convencido de que ya no eres una gacela tímida.

Desde la entrada de la cueva, se volvió para decirle:

—Debería besarte antes de irme, ¿verdad?

—¡Si has de volver en seguida!...

—le disculpó ella.

—Sí; al instante estoy de vuelta.

—Entonces no es del todo necesario, creo yo.

Pero Zani, por si acaso lo era, la estrechó contra su pecho y la besó por segunda vez en sus labios rojos y jugosos como cerezas.

V

Pablito, sorprendido por las sombras de la noche en pleno parque zoológico, andaba como loco de un lado para otro, sobrecogido de espanto, creyendo morirse de terror cada vez que oía moverse a su alrededor los diversos animales enjaulados, los cuales, a su vez, se asustaban con su presencia.

Y en tanto que él andaba perdido en aquel mundo de pesadilla, sus padres hacían pesquisas por toda la ciudad, infructuosamente, pues la institutriz había declarado que ella lo subió al autobús a la salida del parque, y a su vez los porteros de éste habían dicho no haber visto entrar ninguna criatura, ni sola ni

acompañada a la hora en que se decía haberse perdido el niño.

Todas las indagaciones dieron un resultado negativo. Y como una última esperanza decidieron buscar en el jardín zoológico.

Cuatro o cinco guardas recorrieron éste en busca de Zani y la huérfanita.

En una ocasión el portero mayor y un guarda pasaron muy cerca de Pablito.

Hubiera podido el niño gritar para que lo socorriesen aquellos hombres, pero consciente de haber cometido una grave travesura y temeroso del castigo, no se atrevió a hacerlo.

—Ese muchacho irá a la cárcel en cuanto lo cojamos—oyó decir a uno de aquellos hombres.

Y aun cuando el portero, que era el que había hablado, se refería a Zani, el niño creyó que lo decía por él y le entró una gran congoja que se resolvió en un llanto atemorizado que los guardianes no llegaron a oír.

Seguramente, como había dicho el portero, Zani iría a parar a la cárcel, pero no sería por la habilidad de sus perseguidores.

Precisamente, con una audacia sin límites, se llegaba en aquellos momentos a la cantina en que cenaban todos los guardas del parque, y penetrando por una ventana se puso de acuerdo con la cantinera para que le proporcionara una gran bolsa repleta de víveres.

—Ten cuidado, Zani. Te andan buscando—le advirtió la buena mujer.

—Gracias, patrona. Pero descuide usted que no me encontrarán.

El portero mayor acababa de penetrar en la cantina, jadeante y sudoroso. ¡Gracias a Dios que le habían dejado ir a cenar! Pero sufrió un gran desengaño al saber que tampoco aquella noche podría co-

mer su plato de legumbres, pues éstas hacía rato que se habían terminado.

Un guarda entró preguntando por Heinie, al que no conseguía encontrar. El muy gandul esquivaba el bulto y él tenía que hacerse todo el trabajo. Si lo encontraba le iba a hacer saber lo que era bueno.

—¡Hombre, tiene gracia! Todo el mundo se pierde esta noche—comentó jocoso el portero.

El otro salió malhumorado a buscar a Heinie.

Zani, con los víveres a cuestas, caminaba tranquilamente por el parque en dirección a la cueva de los osos.

Casualmente acertó a pasar por delante de la clínica de los animales, y por el amplio ventanal de ésta, vió a Zeppo, tendido sobre una mesa y a su lado dos practicantes que se esforzaban en vano en ponerle la mascarilla del oxígeno, que el chimpancé rechazaba agitando la cabeza de un lado para otro.

Sin reparar en lo temerario de su acción, Zani penetró en la clínica y preguntó a los practicantes qué ocurría.

—Zeppo se resiste a tomar el oxí-

geno, y si no le damos aire, acabará asfixiándose—le informaron.

—¿Por qué no le traen ustedes a María?—propuso Zani—. Ella le dará el aire que necesita con su boca.

—Quizá tengas razón, Zani. Lo intentaremos.

De allí se fué Zani a la jaula del chimpancé.

—María—le dijo a la hembra—;

ahora vendrán por ti. Zeppo te necesita.

Después cogió a Mimí, la mona blanca de Malaca, y se la llevó, diciéndole:

—Mimí, te voy a presentar a una nueva amiga a quien has de querer mucho, ¿eh?

Y con el mono sobre el hombro emprendió la subida a la cueva de los osos.

Garbosh estaba en sus glorias. Había asumido la dirección de los trabajos para hallar a los fugitivos, y daba órdenes a los guardas como un general en jefe.

—¡A ver! Llamad a todos los guardas. Que todos estén aquí antes de cinco minutos.

Varios guardas salieron en busca de sus compañeros, que se hallaban en la cantina los unos, y los otros realizando las faenas de la limpieza en las jaulas de las fieras.

Aquel a quien había de ayudar Heinie había conseguido por fin hallar a éste durmiendo bajo una jaula y a empellones lo sacó de allí y lo llevó con él a limpiar una jau-

la contigua a la de "Sultán", el feroz tigre de Bengala.

Dichas jaulas, como todas las demás en que se exhibían animales feroces, hallábanse separadas entre sí por un pasadizo de una anchura no superior a dos metros, y estaban situadas en el interior de un enorme recinto cubierto a todo lo largo del cual, en la parte superior, corría una galería, dispuesta con todos los elementos necesarios para impedir cualquier catástrofe que pudiera ocurrir —un incendio, la fuga de una fiera, etcétera—, galería que daba a algunas dependencias del parque, tales como oficinas, domicilio del director y de algunos empleados.

Heinie penetró de mala gana en la jaula, mascullando maldiciones contra su compañero, que había venido a interrumpir su sueño.

Estaba medio borracho, cosa habitual en él, y realizaba su labor a regañadientes, maquinando el modo de poder vengarse de aquel que le obligaba a trabajar.

Apresuradamente llegó otro guarda que les comunicó que debían presentarse sin dilación a Garbosh, so pena de ser castigados si no lo hacían.

Y Heinie, viendo en ello motivo para consumar su venganza, salió de la jaula de un salto, e hizo girar la palanca de cierre de la jaula, adosada a la pared, dejando encerrado dentro al guarda, mientras él se marchaba, riendo su propia obra.

En presencia de los padres de Pablito, Garbosh, haciendo un verdadero alarde de sus conocimientos militares, reunió a sus *soldados* en el jardín, los hizo formar, los provéyó de unos hachones, y por medio de una trompetilla, les iba transmitiendo órdenes, haciéndose la ilusión de que aquel pito de feria era un auténtico cornetín de órdenes, y que lo que iban a realizar era una arriesgada acción guerrera, en lu-

gar de una simple busca de un niño extraviado y de dos enamorados fugitivos.

Los padres del niño hubieran preferido seguramente menos aparatosis y más sentido común en aquella empresa, ya que era más lógico que si en lugar de ir todos aquellos hombres reunidos y formados militarmente, haciendo una vana exhibición por el parque, se distribuyeran desde un principio por todos los parajes de éste, tendrían más probabilidades de éxito en su cometido.

El marcial pelotón se puso en marcha, con los hachones en alto, llevando a Garbosh a la cabeza, con un sombrerito tirolés con la consabida plumita, que era como una cría de airón de casco guerrero.

Verdaderamente, si aquella marcha carecía de eficacia, por lo menos espectacularidad no le faltaba. ¡Lástima — debía pensar Garbosh — que sus soldados vistieran plebeyos jerseys azul oscuro o todavía más plebeyas camisetas, en lugar de

vistosos uniformes llenos de galones dorados y de franjas rojas!

Y mientras la imponente comitiva recorría los paseos del jardín marcando el paso militar, Zani, de vuelta al escondrijo donde tenía a Eva oculta, hacía la presentación de ésta a Mimí.

Al principio la joven tuvo miedo del monicaco blanco que se le arrojó al cuello, abrazándola cariñosamente, pero pronto se hicieron buenos amigos.

—Te he estado esperando con impaciencia —le dijo la joven a Zani.

—Pues bien, ya estoy aquí. ¿Te ha ocurrido algo durante mi ausencia?

—No, pero pensaba.

—Mal hecho; nunca debes pensar, sino sentir. Es mejor.

—Pero yo no podía dejar de pensar en mañana.

—¿Mañana?

—Sí. ¿Qué pasará?

—¡Bah! No te preocupes por lo que pueda pasar mañana cuando aun quedan cosas por hacer hoy. ¿Vamos a cenar?

Comieron, pero sin gran apetito. Zani colocó a Mimí sobre el muerto que daba al jardín y le advirtió:

—Dime si viene alguien.

Y volviéndose a Eva le dijo:

—Es un excelente perro guardián.

Mientras comían, Eva, con angustia, preguntó a Zani qué suerte correría ella si cogían a él.

—Te cogerán a ti también —declaró el muchacho.

—¡Oh, no! ¡No quiero! — protestó ella. — ¡No quiero volver! Para eso no me escapé.

—¿Y por qué te escapaste? Eva le miró fijamente.

—Tú me dijiste que debía hacerlo.

—Pero algún motivo tendrías para decírmelo.

—Sólo pensaba en estar contigo! — declaró ella, ingenua y sinceramente.

—¿Nada más pensaste en eso?

Eva creyó ver en la pregunta algo que la intimidó. Y como avergonzada, repuso:

—Pensé también en que podríamos casarnos.

—¿Sabes que eso es demasiado pensar?

Un repentino desaliento la invadió y la hizo exclamar, dolorida:

—¡No debí haberme escapado!

—Quizá hubieras obrado cuerdamente — replicó Zani, sin fijar-

se en el dolor que le causaba con sus palabras.

Con el alma transida de dolor, Eva se levantó para marcharse, y Zani, al observar su actitud, le dijo:

—Aguarda. Vamos a suponer que nos casásemos tú y yo. ¿Qué conseguiríamos con ello?

—Viviríamos en una casita alegra, que sería sólo para nosotros dos, exactamente igual que las demás personas — expuso Eva, con ilusión.

—¿De veras? ¿Tú crees que eso es posible?

—Lo sería si tú me quisieras. Yo había creído hasta ahora que me querías.

—¿Y no te quiero, chiquilla?

—Aun no me lo has dicho.

—¿De veras no te lo he dicho?

—No.

—Pues entonces te lo diré ahora. ¡Te quiero! ¿Y tú qué me dices?

—¿Que te quiero también?

El abrazo y el beso que premiaron esta declaración fueron tan fuertes y emocionados, que Eva tuvo que empujar con sus manitas a Zani para que se apartase y la dejase respirar.

El resplandor de las antorchas requirió la atención de ambos.

Garbosh, en un ramalazo de sentido común, había dividido sus fuerzas en varios grupos para, de este modo, acorralar a los fugitivos.

—Emplean con nosotros el mismo procedimiento que se emplea para cazar a un animal feroz — dijo Zani con ironía.

—¡Nos encontrarán! — expresó con desaliento Eva.

—Eso es concederles alguna inteligencia a esos señores, querida, y francamente, no se puede ser tan galante con ellos. Pero aun en el supuesto de que pudieran encontrarnos, esperemos aquí a que eso suceda. Y entretanto, nena, déjame que te repita una y mil veces: ¡Te quiero! ¡Te quiero!

El beso, dulcísimo, embriagador, fué interrumpido por unos gemidos cercanos.

Y ambos prestaron atención, francamente impresionados.

—¿Qué puede ser? — dijo Zani.

—Algún animal. Un oso, quizás.

—Pero de qué clase? Yo no he oido a ningún oso sollozar de esa manera.

Los gemidos se aproximaban ca-

da vez más. Y de pronto, en la boca de la cueva apareció una sombra, un bulto pequeño que andaba a cuatro patas.

Zani se echó a reír.

—¡Mira, tu osito!

Y alzó en sus brazos al niño rubio, de unos cinco años, en cuyo espantado rostro había huellas de haber llorado mucho.

—¡Oh, pobrecito! — exclamó Eva, enterneceda.

Y sentándose en una peña acogió al niño en su regazo y lo acarició con ternura de madrecita.

—¿Qué tienes, nenito? ¿Por qué lloras así? — le preguntó.

—¡Me quieren llevar a la cárcel! — declaró Pablito, gimoteando.

—¡A ti también? ¡Esto ya es demasiado! ¡Van a llenar la cárcel en seguida si siguen así! — exclamó Zani.

—¡Yo no quiero ir! — protestó el niño.

—No tengas miedo, tontín, que nosotros lo impediremos. Pero ¿qué has hecho para que quieran meterte en la cárcel?

—Quería pasear en el elefante, y como que mi criada no quería,

yo me escapé y me perdí en el parque.

—¿Y no has tenido miedo?

—Un poco.

—No debes tener miedo nunca — le dijo Zani —, y mucho menos a los animales, pues a éstos les gustan los niños pequeños. Mira, ¿ves qué monito? Pues él quiere mucho a los niños como tú.

—A mí también me gustan los monos.

Mimí, con una ideal camaradería, se echó en brazos de Pablito, quien le recibió sin ningún temor, y ambos pusieronse a jugar en el fondo de la cueva.

Eva y Zani contemplaron al niño, y el joven, alzándose de hombros, exclamó:

—Bien; ya somos uno más. A ver en qué acabará todo esto.

Distraídamente levantó la vista, y de su boca salió un pequeño grito de asombro al ver que, desde unas rocas, Heinie les estaba espiando.

Rápidamente abandonó la cueva para entendérselas con el repulsivo personaje.

Pero éste se había dado ya cuenta de que había sido visto, y escapó presuroso.

No por esto Zani cesó en su persecución, sino que la continuó con nuevos bríos.

Heinie saltaba como un mono por encima de las jaulas, pero Zani no le iba a la zaga en esto. Hasta que consiguió darle alcance. Y entre los dos hombres se estableció una lucha cruel.

Atraídos por el ruido de la pelea, llegaron Garbosh y sus hombres.

Zani escapó por un lado y Heinie por otro.

Mas a éste lograron darle caza los hombres de Garbosh. Y al enterarse Heinie de que buscaban a Zani para entregarlo a la policía, sonrió con su sonrisa de cínico repulsivo. Había llegado el momento de hacerle pagar todas las afrontas recibidas de él.

—Yo mismo iré a buscarle a la cueva de los osos — dijo con rabia reconcentrada.

Pero en aquel momento se oyó la voz de Zani, que parecía venir desde una nube.

—Señores. No se molesten ustedes — decía —. Yo ignoraba que me andaban buscando, pues de lo contrario les hubiera evitado todas

las molestias que involuntariamente haya podido causarles.

Todos miraron hacia arriba y vieron a Zani que, desde la rama de un árbol, les sonreía, burlón.

—Dese usted preso — chilló Garbosh.

—Con mucho gusto. A su disposición.

Y de un salto se plantó ante Garbosh.

Entre dos hombres le sujetaron, y Garbosh ordenó que continuase la busca.

Pero nadie observó que al ponerse en marcha nuevamente el grupo, Heinie desaparecía, protegido por las sombras de la noche.

Como la hiena que presiente su presa, Heinie fué subiendo sigilosamente, hasta la cueva de los osos.

Mimí, que estaba al acecho, comenzó a dar estridentes chillidos que sobresaltaron a Eva.

Y cuando ésta quiso inquirir la causa de la alarma del mono, se halló ante un hombre alto, flaco, de rostro repulsivo, que la contemplaba codiciosamente con sus ojillos innobles, de mirada penetrante, agresiva.

—¡Hola! — exclamó Heinie con su voz aguardentosa, reparando en

el pequeñuelo—, creí que te habías escapado. Zani te llevará con tu mamá.

Y cogiendo al niño lo puso en la entrada de la cueva, zarandeándolo bruscamente.

Pablito, espantado de ver aquel hombre siniestro, cuyo solo rostro ya era bastante para infundir terror, escapó llorando, llevándose a Mimí cogida de su mano, y atravesó corriendo todo el parque, temeroso de que aquél pudiera perseguirle.

En su imaginación infantil identificó a Heinie con el ogro de los cuentos que su mamá le explicaba para dormirle.

Solos y frente a frente Eva y Heinie, éste, aproximándose lentamente a la muchacha, que le contemplaba con los ojos desorbitados por el espanto, le dijo:

—Han cogido a tu amigo Zani.

La noticia aumentó todavía más el horror de la muchacha.

La sangre se le heló en las venas al sentir en sus brazos el contacto frío y viscoso de las manos de Heinie, que la aprisionaban como tentáculos de pulpo.

—¿Por qué no chillas? Quizá aún pudiera oírtे tu novio.

Lívida, yerta, Eva aun pudo balbucir con cierta energía:

—¡Márchese usted!

—¡No! Si eres fuerte, lucha; si no...

Un grito terrible, de terror o de agonía, rasgó el silencio de la noche y llegó hasta Zani y los que le acompañaban.

Y al oírlo el muchacho, se deshizo de un empellón de los que le sujetaban, y con ligereza de ardilla se encaramó en unos segundos a la cueva de los osos.

Eva se debatía en una lucha titánica con Heinie, que pretendía abrazarla.

Zani lanzó un rugido de fiera, y de un zarpazo separó al miserable Heinie de su víctima y lo derribó al suelo.

Revolvióse Heinie bramando y echando espuma por la boca.

Sus piernas se arquearon en una flexión de ballesta, y con un salto felino se abalanzó contra su mortal enemigo.

Pero Zani lo esperaba ya preventido, y sus fuertes puños descargaron sus golpes en el pecho del traidor guarda.

Heinie no se amilanó y devolvió

los golpes, que Zani supo parar con habilidad de púgil.

Luchando, llegaron hasta la entrada de la caverna.

Heinie, viéndose acorralado, trató de escapar por una especie de cornisa natural que corría a lo largo del muro, pero hasta allí le persiguieron los puñetazos de Zani y uno de éstos fué tan certero que el malvado perdió el equilibrio, su cuerpo dió una voltereta en el espacio y fué a caer estrepitosamente en medio de un estanque.

Unos guardas lo recogieron de allí.

Garbosh subió hasta la cueva con

varios hombres y su sorpresa y su alegría fueron enormes al ver que junto con Zani se encontraba la huerfanita que buscaban incesantemente desde hacía varias horas. Y ambos se hallaban unidos en un estrecho abrazo.

—¡Caramba, caramba! — exclamó con hiriente sonrisita sarcástica. — Conque novios, ¿eh?

Y luego, irguiéndose con grotesca majestuosidad, ordenó:

—¡Hacedlos prisioneros!

Garbosh creía que acababa de caer en su poder todo un cuerpo de ejército.

menzó a golpear con su formidable testuz la puerta que separaba su estancia del recinto general de las fieras hasta que la derribó y consiguió penetrar en éste.

Y entonces, poseído de un extraño y terrible enfurecimiento, empezó a realizar una tremenda obra de devastación.

Empleando su trompa a guisa de maza, golpeaba los barrotes de las jaulas hasta quebrarlos o bien, agarrándolos con aquélla, arrancaba de cuajo las verjas, dando de este modo libertad a las bestias más sanguinarias y feroces.

Leones, panteras, tigres, leopardos, hienas, chacales... en revuelta confusión se atacaron sañudamente, y el pobrecito niño asistió, con ojos espantados y la sangre helada en sus venas, a una lucha sin cuartel entre aquellas fieras, que eran como furias del infierno desencadenadas.

Pronto unos guardas se dieron cuenta de lo que ocurría e hicieron sonar la sirena de alarma.

Su sonido sorprendió a Eva y Zani cuando, conducidos por Garbosh y sus hombres, iban a ganar ya la calle para ser entregados a la policía.

—¿Qué es eso? ¿Qué ocurre? ¡Las fieras deben haberse escapado! — exclamó Garbosh.

Y como la sirena sonase con mayor insistencia, dispuso que fueran todos a la casa de fieras a informarse de lo que sucedía.

Una vez en la gran galería que circundaba, ordenó a un guarda llamado Krotts que cuidase de Eva y Zani.

La confusión era espantosa.

Desde allí arriba podía observarse con todo detalle los estragos que "Rajáh" había realizado.

Y aun se veía al enfurecido paquidermo continuar su obra destructora, torciendo hierros y arrancando jaulas de cuajo, en tanto que las fieras en libertad se atacaban las unas a las otras, destrozándose cruelmente.

Krotts era un hombre bueno que, como tal, apreciaba a Zani en lo mucho que valía, y por eso, en cuanto Garbosh se hubo alejado unos pasos, le dijo al oído:

—Zani, cuando yo no mire, aprovechate de la confusión que reina y escapas.

—Gracias, Krotts — respondió Zani, emocionado ante aquel rasgo de bondad—, pero no puedo acep-

tar tu ofrecimiento, porque entonces te cargarían a ti la culpa de mi huída. Prefiero quedarme y que hagan de mi lo que quieran.

—¡Pero no seas tonto! ¿Y esa pobre muchacha? Anda, hombre, anda, aprovecha la ocasión, que a mí no ha de ocurrirme nada por eso. Ya sabré yo disculparme ante Garbosh.

Zani miró a Eva.

Krotts tenía razón. Había que salvarla, y por ella solamente consentiría que el buen camarada se expusiera a arrostrar las iras de Garbosh.

Y ya estaba dispuesto a realizar aquella huída cuando se le ocurrió mirar el impresionante espectáculo que se divisaba desde la galería.

En ésta, como el capitán de un buque desde su puente de mando, el doctor Grunbaum dictaba las órdenes que procedían en aquel caso.

—¡Cojed aquellos leones que luchan allí, al final de la nave! Pero capturadlos vivos, que son unos ejemplares valiosísimos.

Y los guardianes dejaron caer una pesada red sobre los leones que luchaban, para apresarlos de este modo.

Pero la operación no surtió efec-

to, porque los leones, cambiando de sitio, continuaron acometiéndose desesperadamente lanzando espantosos rugidos.

Junto al director hallábanse los padres de Pablito y la atribulada institutriz, a quienes aquella baránda había sorprendido en el despacho del director.

De pronto la madre dió un grito desgarrador:

—¡Pablito! ¡Allí! ¡Allí!

Todos miraron donde la dama señalaba, y descubrieron una cosa que se movía, debajo de la jaula, y que bien pudiera ser el niño.

A Zani no le cupo duda alguna que se trataba de Pablito.

Y corrió a ponerse a las órdenes del director por si él podía hacer algo para salvar al niño.

El guarda enjaulado comenzó a gritar:

—¡Aquí, debajo de la jaula hay un niño! ¡Y la jaula no tiene cerradura!

Momentáneamente, Pablito no corría peligro. Pero poco después, los fieros leones que sostenían titánica lucha, prosiguieron ésta en el pasadizo que separaba la jaula del niño y la del guarda.

—¡Alguien debe bajar! —dijo el

director, y al ver a Zani a su lado y recordar su agilidad y su destreza para saltar y para trepar por las cuerdas, le dijo:

—Tú puedes hacerlo, Zani.

—¡Y lo haré!—declaró el muchacho.

Pronto estuvo dispuesta una cuerda con un asa al extremo en la que Zani metió el pie izquierdo y se descolgó fuera de la barandilla.

Varios hombres sostenían la cuerda y la iban arriendo poco a poco.

—¡Mantened a raya esas fieras! —ordenó el director.

Con redes y con gruesos chorros de agua, procuraban apartar a las fieras de la zona en que había de operar Zani.

Pero a los enardecidos leones no había manera de alejarlos del lugar en que se hallaban.

Por dos o tres veces intentó Zani llegar hasta el suelo, y otras tantas hubo de ser izado rápidamente para no ser pasto de las fieras.

El niño veía aquellos preparativos de salvamento con los ojitos desorbitados por el terror.

Los leones habían hecho un alto en su pelea, pero este descanso dió lugar a que un grito de angustia saliera de todas las gargantas, pues

uno de los leones, furioso por no haber podido con su contrincante, daba tremundos zarpazos en la puerta de la jaula de Pablito y amenazaba romperla.

Afortunadamente este entretenimiento duró poco, porque el otro león se le echó traidoramente sobre el lomo, y nuevamente se enzarzaron en una más encarnizada pelea que tenía lugar unos cuantos metros más lejos.

Zani aprovechó esta ocasión para descender totalmente y correr a socorrer al niño, al que sacó de la jaula.

El director dispuso entonces que se formara una espesa cortina de agua, con todas las mangueras que había en la galería, que aislasen a Zani y al niño de las fieras que luchaban.

Pero esta operación no era suficiente para contener a las fieras, y, sin embargo, no había otra más eficaz.

Y entonces el director decidió recurrir a una problemática demanda de ayuda.

—¡“Rajah”! — gritó — ¡Ten a todos esos animales a raya detrás del agua!

Y “Rajah”, al oír la voz del director, y como interpretando la orden de éste, cogió un enorme barrote y lo volteó con su trompa junto a las fieras hasta que consiguió acorralarlas.

Aprovechando aquel momento decisivo Zani y Pablito corrieron hasta donde se hallaba la cuerda. Pero antes que ellos, alguien se apresuró a ponerse a salvo trepando por dicha cuerda: Mimí.

Y lo terrible fué que el mono, sin querer enganchó la cuerda de tal manera al trepar por ella, que Zani no podía alcanzarla por más esfuerzos que hacía y más saltos que daba.

No había que pensar en otra cuerda, pues mientras le preparasen ésta, las fieras ya habrían tenido tiempo de echarse sobre ellos y matarles.

Los instantes eran trágicos y decisivos. A pocos pasos las fieras luchaban sin tregua. Y bastaría que una de ellas se diera cuenta de la presencia de Zani y el niño para que todo hubiera acabado.

Todos los presentes guardaban un silencio emocionante.

Eva y los padres del niño apenas osaban respirar, como si el aliento de ellos pudiera atraer la atención de las fieras hacia los dos seres queridos.

Y en aquel silencio de muerte que hacía más espeluznantes los rugidos de las fieras, se oyó la voz de Zani decir claramente:

—¡“Rajah”! ¡Ven a socorrer a tu amigo Zani!

El elefante, arrojando la barra que le había servido para contener a los otros animales, dió media vuelta y llegó hasta Zani.

Y con su trompa aupó al joven guarda y a su amiguito sobre su cabeza, y éstos, desde allí, lograron asirse a la cuerda.

¡Ya era tiempo! Los fieros leones, olvidando sus rencillas, venían a precipitarse sobre ellos. Mas ya la cuerda era izada rápidamente por los de arriba.

Y cuando ya les creían salvados, cuando ya todos los rostros cambiaban en alegre su expresión de an-

gustia, se oyó un sordo rugido, y del montante de una puerta saltó como una exhalación el fiero tigre "Sultán" y sus garras hicieron presa en una pierna de Zani, para desplomarse en seguida al suelo, faltó de apoyo.

Seriamente herido, Zani supo conservar su energía y presencia de ánimo hasta que lo recogieron los brazos de sus compañeros.

Las fuerzas le flaquearon entonces y sintió un ligero desvanecimiento.

Cuando abrió los ojos lo primero que vió fué el rostro de Eva, que le contemplaba anhelante, pendiente del menor movimiento de él.

—¿Por qué no te escapaste? — le preguntó él.

—¡No sabía vivir sin ti, Zani! Dicen que has de ir al hospital. Pues bien, yo iré contigo.

Junto a la camilla en que iba a ser conducido al hospital Zani, iba Eva, atendiendo amorosamente al herido.

Pero he aquí que al salir del parque una mano agarró el brazo de

la muchacha con fuerza, y al volverse ésta vió ante sí el rostro antipático de la directora del orfelinato. A su lado había un policía.

La joven bajó la cabeza, aceptando el fallo de la fatalidad.

—¿He de volver? — fueron sus únicas palabras.

—¡Pues claro está! ¿Creías que podrías escapar de ser castigada? — graznó la directira.

Frente a ellas había un coche celular.

Y entonces Eva, presintiendo todas las desdichas que la esperaban, se rebeló airadamente, gritando, pataleando, intentando desasirse de las manos que le aprisionaban como grilletes.

—¡Zani! ¡Zani! — clamaba.

Pero todo fué inútil. Ni Zani podía defenderla, herido como se hallaba, ni las manos de hierro cedieron un ápice.

Y Eva, la linda huérfanita que había soñado con la libertad, fué introducida a empellones en el oprobioso vehículo.

Esta amarga escena había sido

presenciada por el padre de Pablito.

Este caballero, agradecido a Zani por haber salvado a su hijo, se puso a su disposición para ayudar-

le en todo lo que necesitase.

—Sólo deseo una cosa — murmuró el muchacho—: que proteja usted a Eva.

—Así lo haré.

VIII

El padre de Pablito cumplió su palabra.

Al día siguiente fué a ver a la directora del orfelinato y le expresó su deseo de adoptar a Eva.

Los trámites se llevaron con gran rapidez.

Y el día en que éstos estuvieron terminados, fué al orfelinato a recogerla.

La directora le recibió muy amable.

Todo estaba en regla. Y desde

aquel momento, Eva quedaba bajo su tutela.

—¡Ah, no sabe usted cuánto me alegro! — expresó la directora, con la más escogida de sus alegrías hipocritonas.

—Sí; pero sólo estará bajo mi tutela un solo día — manifestó el caballero.

—No le entiendo.

—Pues es muy sencillo: que Eva se casará mañana mismo con Zani. Y ellos vivirán en una de mis pro-

H U E R F A N O S E N B U D A P E S T

piedades, que les cedo como regalo de boda.

Y, efectivamente, a la mañana siguiente, Eva y Zani contraían ma-

trimonio y realizaban su ambición de ser "como los demás" y tener "una casita como los demás", para ser eternamente felices.

FIN

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas, y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

| | | |
|-------------------------------------|------------------------------------|---|
| La viuda alegre | Las tres pasiones. | La princesa se enamora. Honor entre amantes. |
| El gran desfile | Cristina, la Holandesa. | Amorecer de amor. Para alcanzar la luna. |
| Miguel Strogoff o el Correo del Zar | Viva Madrid, que es mi pueblo! | El gran desfile (edición popular). El hombre que asesinó. Ríndase! |
| La princesa que supo amar | Sombras blancas. | Du Barry, mujer de pasión. |
| El coche número 13 | Los cosacos. | La viuda alegre (edición popular). Milicia de paz. |
| Sin familia | Icaros. | Cuerpo y alma. Amores de medianoche. |
| Mare Nostrum | El conde de Montecristo | El impostor. Miguel Strogoff o el Correo del Zar (edición popular). |
| Nantás, el hombre que se vendió | La mujer ligera. | Esposa a medias. La hermana San Sulpicio |
| Cobra | Virgenes modernas. | Estaras dichosas. Esclavas de la moda. |
| El fin de Montecarlo | El pagano de Tahití. | El demonio y la carne |
| Vida hobemia | Estrellas dichosas. | Petit Café. (edición popular). |
| Zazá | La senda del 98. | Hay que casar al príncipe. La dama misteriosa. |
| ¡Adiós, juventud! | Esto es el cielo. | Inspiración. Los claveles de la Virgen. |
| El judío errante | Espejismos. | El proceso de Mary Du-Pareja de baile. |
| La mujer desnuda | Evangeline. | El caballero. Al Capone (Pánico en Chicago). |
| La tía Ramona | Orquídeas salvajes. | Egoísmo. Marruecos. |
| Casanova | El caballero. | En cada puerto un amor. Mi último amor. |
| Hotel imperial | Egoísmo. | Conoces a tu mujer? Muchachas de uniforme. |
| Don Juan, el burlador de Sevilla | La máscara del diablo. | El millón. Marido y mujer. |
| Noche nupcial | El pan nuestro de cada día. | Vieja hidalguita. Mata-Hari. |
| El séptimo cielo | Posesión. | Tentación. Gente alegre. |
| Beau Geste | Tentación. | Mar de fondo. Congorilla (fuera de serie). |
| Los vencedores del fuego | La pecadora. | La malla sagrada. Carceleras. |
| La mariposa de oro | El beso. | La ley del harén. Erase una vez un vals. |
| Ben-Hur | Ella se va a la guerra. | La fruta amarga. Hombres en mi vida. |
| El demonio y la carne | Los hijos de nadie. | El pescador de perlas. Nièbla. |
| La castellana del Líbano | El pescador de perlas. | Santa Isabel de Cerés. Rebeca. |
| La tierra de todos | Las dos huernitanas. | Tabú. Indesnable. |
| Trípoli | La canción de la estepa. | El pasado acusa. Tarzán de los monos. |
| El rey de reyes | El precio de un beso. | El terror del hampa. |
| La ciudad castigada | La rapsodia del recuerdo | Trader Horn. La vuelta al mundo por Douglas Fairbanks. |
| Sangre y arena | Un yanqui en la corte | Chica bien. |
| Aguilas triunfantes | Delikatessen. | dey rey Arturo. Recién casados. |
| El sargento Malacara | Del mismo barro. | El código penal. Champ (El campeón). |
| El capitán Sorrell | Estrellados. | Maternidad, o el derecho a la vida (fuera de serie). La zarpa del jaguar. |
| El jardín del edén | Cuarto de infantería. | Carbón (La tragedia de la noche). |
| La princesa mártir | Olimpia. | El caballero de la noche. Arsène Lupin. |
| Ramona | Monsieur Sans-Géne. | La mina. |
| Dos amantes | Sombras de gloria. | Estudiantina. |
| El príncipe estudiante | Mambá. | Molly (la gran parada). |
| Ana Karenine | Ladrón de amor. | ¡Qué viudita! |
| El destino de la carne | El valiente. | De frente, marchen! |
| La mujer divina | Prim. | El camino de la vida. |
| Alas | El presidio. | Noches de Viena. |
| Cuatro hijos | Romance. | Mamá. |
| El carnaval de Venecia | El gran charco. | Eran trece. |
| El ángel de la calle | Tempestad. | Cheri-Bibi. |
| La última cita | El dios del mar. | Bésame otra vez. |
| El enemigo | Anne Christie. | Camarotes de lujo. |
| Amantes | Sevilla de mis amores. | Los hijos de la calle. |
| La bailarina de la Ope- ra. | Horizontes nuevos. | La divorciada. |
| Moulin Rouge. | Ben-Hur (edición popular). | Madame Satán. |
| Ben Alí. | La incorregible. | ¿Cuándo te suicidas? |
| Los cuatro diablos. | El malo. | Marianita. |
| ¡Kie, payaso, rie! | El pavo real. | El carnet amarillo. |
| Volga, Volga. | Bajo los tecos de París. | Honrarás a tu madre. |
| La sinfonía patética. | Las alegres chinas de Wu-li-chang. | Su última noche. |
| Un cierto muchacho. | Montecarlo. | Las alegrías chinas de Viena. |
| Nostalgia! | Camino del infierno. | ¡Viva la libertad! |
| La ruta de Singapore. | ¡Mío serás! | Malvada. |
| La actriz. | ¡Aleluya! | El teniente del amor. |
| Mister Wu. | La mujer que amamos. | Deliciosa. |
| Renacer. | Al compás de 3-4. | Cielo robado. |
| El despertar. | | Amargo idilio. |

| | | |
|---------------------------------|---|--------------------------|
| El enemigo en la sangre. | Los seis misteriosos. | Cabalgata. |
| El azul del cielo. | Esta edad moderna. | Secretos. |
| El monstruo de la ciudad | La novia de Escocia. | La feria de la vida. |
| El hombre que se reía del amor. | Besos al pasar. | Una morena y una rubia. |
| Susan Lenox. | El mayor amor. | Como tú me deseas. |
| Mercado de mujeres. | El expreso fantasma. | El relicario. |
| Manos culpables. | Al despertar. | El amor y la suerte. |
| La princesa se divierte. | El robo de la Monna Lisa (La Gioconda). | Una viuda romántica. |
| La mano asesina. | La edad de amar. | Rasputín y la Zarina. |
| El rey de los gitanos. | Salpada. | Susana tiene un secreto. |
| El sargento X. | Divorcio por amor. | 20.000 años en Sing Sing |

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Próximo número:

LA EMOCIONANTE NOVELA

¿MILAGRO?

por las famosas DOROTEA WIECK y HERTHA THIELE.

En preparación:

VIVAMOS HOY

por GARY COOPER y JOAN CRAWFORD.

ODIO

por MARÍA FERNANDA LADRÓN DE GUEVARA.

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

¡NO SE DEJE USTED SORPRENDER!

EXIJA SIEMPRE

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Pida los últimos catálogos, gratis y sin compromiso, y se le remitirán por riguroso turno.

COLECCIONE USTED EL NUEVO ÉXITO DE
Ediciones BISTAGNE
LOS MEJORES FILMS

NÚMEROS PUBLICADOS:

CHANDÚ (Fantasía oriental), por Edmund Lowe e Irene Ware.
EL DINERO TIENE ALAS, por Will Rogers, Dorothy Jordan, etc.
NO QUIERO SABER QUIÉN ERES, por Liane Haid y Gustav Froehlich.
LA MUJER PINTADA, por Peggy Shannon y Spencer Tracy.
¡ALÓ, PARÍS!, por Iosette Day y Wolfgang Klein.
PÁJAROS DE NOCHE, por Anny Ondra, Ivan Petrovich, etc.
LA BAILARINA SANS-SOUCI, por Lil Dagover, Otto Gebuhr, etc.
UNA AVENTURA AMOROSA, por Mary Glory, Albert Préjean, etc.
DE PURA SANGRE, por Clark Gable, Madge Evans, etc.
EL BESO REDENTOR, por Charles Farrell, Joan Bennett, etc.
RAFFLES, por Ronald Colman, Kay Francis, David Torrence, etc.
ABISMOS DE PASIÓN, por Jean Harlow y Walter Byron.
LA BANDA DE LAS PERLAS NEGRAS, por Hugh Wakielield, etc.
EL ABOGADO DEFENSOR, por Edmund Lowe, Evelyn Brent, etc.
EL HOMBRE QUE VOLVIÓ, por Conrad Nagel, Doris Kenyon, etc.

SEIS HORAS DE VIDA, por Warner Baxter, Miriam Jordan, etc.
EL ETERNO DON JUAN, por Adolph Menjou, Irene Dunne, etc.
EL BAILE, por André Lefaur, Germaine Dermoz, etc.
MI CHICA Y YO, por Joan Bennett, Spencer Tracy, etc.
AVVENTURA DE UNA MUJER BONITA, por Lil Dagover, etc.
ALCOHOL PROHIBIDO, por Dorothy Jordan, Robert Young, etc.
ESTA NOCHE O NUNCA, por Gloria Swanson, Melvyn Douglas, etc.
EL PAÑUELO INDIO, por Cathleen Nesbitt, Emlyn Williams, etc.
EL HOMBRE DEL ANTIFAZ BLANCO, por Renée Gadd, etc.
LA PRINCESA DEL «5-10», por Marion Davies, Leslie Howard, etc.
ALMAS TORTURADAS, por Evelyn Brent, Conrad Nagel, etc.
ENTRE DOS CORAZONES, por Douglas Fairbanks, Jr., Rose Hobart, etc.
PIERNAS DE PERFIL, por Buster Keaton, Jimmy Durante, etc.
EL MARIDO DE LA AMAZONA, por Elissa Landi, Ernest Truex, etc.

Lujosa presentación - 8 interesantes fotografías
en papel couché. :-: Precio: **50** céntimos

COLECCIONE USTED EL NUEVO ACIERTO DE
Ediciones BISTAGNE
ÉXITOS CINEMATOGRÁFICOS

NÚMEROS PUBLICADOS:

LA LOTERIA DEL DIABLO, por Elissa Landi, Victor Mac Laglen, etc.
LA CONDESA DE MONTECRISTO, por Brigitte Helm.
AMOR PROHIBIDO, por Adolphe Menjou y Bárbara Stanwyck.
UNA MUJER DE MALA FAMA, por Mady Christians, Hans Stowe, etc.
UNA NOCHE EN EL PARAISO, por Anny Ondra.
JAQUE AL REY, por Emile Chautard, Paulette Garon.
PARIS-MEDITERRANEO (Dos en un coche), por Annabella y Jean Murat.
PAPA POR AFICION, por Warner Baxter y Marian Nixon.
BAJO EL CIELO DE CUBA, por Lawrence Tibbet, Lupe Vélez, etc.
LA CHICA DEL GUARDARROPA, por Sally Eilers, Ben Lyon, etc.
EL HACHA JUSTICERA, por Edward G. Robinson, Loretta Young, etc.
CON EL FRAC DE OTRO, por William Haines y Dorothy Jordan.
CONDENADO, por Ronald Colman.
MONSIEUR, MADAME Y BIBI, por Mary Glory y René Lefebvre.
ILUSION JUVENIL, por Marian Marsh, Anita Page, etc.
EL DORADO OESTE, por George O'Brien.
ENTRE DOS FUEGOS, por Joan Bennett y Ben Lyon.

LA REINA KELLY, por Gloria Swanson, Walter Byron y Seena Owen.
SU GRAN SACRIFICIO, por Richard Barthelmess, Mae Marsh, etc.
TRAS LA MASCARA, por Jack Holt, Boris Karloff, etc.
TRES RUBIAS, por Ina Claire, Madge Evans, Joan Blondell, etc.
ENTRE DOS ESPOSAS, por Sally Eilers, Ralph Bellamy, etc.
AGUILAS HUMANAS, por Liane Haid, etc.
DESILUSION, por Helen Twelvetrees, Eric Linden, Arline Judge, Cliff Edwards, etc.
LA CUEVA DE LOS BANDIDOS, por George O'Brien, Maureen O'Sullivan, etc.
NADA MAS QUE UN GIGOLÓ, por William Haines, Irene Purcel, María Alba, etc.
LOS HIJOS DE LOS «GANGSTERS», por Boris Karloff, Leo Carrillo, etc.
LA DAMA AZUL, por Josseline Gael, André Baugé, etc.
AMOR PELIGROSO, por Warner Baxter, Miriam Jordan, etc.
EL PARAISO DEL MAL, por Ronald Colman.
CARAS FALSAS, por Lowell Sherman, etc.
PROHIBIDO, por Conchita Montenegro, etc.
POLLY, LA CHICA DEL CIRCO, por Marion Davies y Clark Gable.
VIDAS INTIMAS, por Norma Shearer.
HACIA LA LUZ, por Marilyn Miller, etc.
SUERTE DE MARINO, por Sally Eilers.
LA PELIRROJA, por Jean Harlow.
TORERO A LA FUERZA, por Eddie Cantor.
LA FLOR DE HAWAII, por Marta Eggerth.

Lujosa presentación - 8 interesantes fotografías
en papel couché. :-: Precio: **50** céntimos

Ediciones BISTAGNE

le recomienda las siguientes publicaciones:

Exitos cinematográficos

Publicación semanal a base de películas de relieve - Ilustraciones en papel couché.

Precio: 50 cts.

Los mejores films

Publicación semanal de gran presentación - Ilustraciones en papel couché.

Precio: 50 cts.

La Novela Cinematográfica del Hogar

52 páginas de texto. - 5 Ilustraciones interiores.
Postal-regalo.

Precio 50 cts.

EL SOBRE SEMANAL

y EL SOBRE DE CINE SONORO

Conteniendo una novelita de cine completa con su correspondiente postal, a 15 cts.

AVENTURAS FILM

Asuntos de emoción, completos, inmejorable presentación y excelente texto, a 15 cts.

Caballistas del Oeste

Novela de aventuras para muchachos.

15 cts.

Colección Idolos populares

Biografía de los artistas favoritos de la juventud. Cómo se formaron. Cómo llegaron a artistas de cine.

Precio 15 cts.

Y LAS SELECTAS

EDICIONES ESPECIALES

Novelación de las mejores películas de las mejores marcas.
250 títulos publicados.

Precio: 1 peseta

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis. BARCELONA

cl^o 8

E. B.

Precio: Una peseta

1 50